ESPINOSA Y QUESADA

COSAS DE ESPAÑA

SEVILLA
MDCCCXCII

434:10

COSAS DE ESPAÑA

Tirada de 250 ejemplares.

EJEMPLAR NÚM. 218

ESPINOSA Y QUESADA

COSAS DE ESPAÑA

SEVILLA
MDCCCXCI

AL LECTOR

Gracias á la generosidad de los Excelentísimos Señores

DUQUE DE T'SERCLAES
Y
MARQUÉS DE JEREZ,

los siete artículos que forman este volumen —publicados ya en los Suplementos literarios de «El Dia» *y* «La Correspondencia de España»*—añadidos y enmendados, reaparecen hoy, dedicándolos á tan ilustrados bibliófilos,*

ESPINOSA Y QUESADA.

Manzanilla, 30 Octubre 1891.

VERDADERA RELACION

DE UNA MÁSCARA, QUE LOS ARTÍFICES DEL GREMIO DE LA PLATERÍA DE MÉXICO Y DEVOTOS DEL GLORIOSO SAN ISIDRO EL LABRADOR DE MADRID, HICIERON EN HONRA DE SU GLORIOSA BEATIFICACION. COMPUESTA POR JUAN RODRIGUEZ ABRIL, PLATERO. México, por Pedro Gutierrez, en la calle de Tamba, 1621 (1).

HABIENDO hecho diversas fiestas á la beatificacion del glorioso San Isidro, labrador de Madrid, su señoría ilustrísima del señor arzobispo de Méjico, Don Juan de la Serna, y el Señor Don Pedro Cortés, marqués del Valle, cuyas alabanzas son dignas de las veloces plumas de la fama, los artífices de la insigne platería de Méjico hicieron

(1) Fol. 2. h. Posee el único ejemp'ar conocido el Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes. Fué reimpreso en *El Dia*. 14 Mayo 1883.

la más grandiosa máscara que hasta hoy se ha visto en la Nueva España, en esta forma:

Domingo veinte y cuatro de Enero de mil y seiscientos y veinte y un año, salió á pasear las calles del patio de las casas del Mariscal, que están enfrente del convento de San Francisco, dando principio á ella una figura de la Fama, en un caballo blanco con vestidura de tela rosada y tocado vistoso, de donde pendia un velo de plata, cuya caida paraba sobre las ancas del caballo, con muy volantes alas de varias plumas y sonora trompa en los labios.

Seguíale un bizarro labrador (en un caballo morcillo, el más pequeño que se conoce en la Nueva España, y de los mejores brazos y traza que se puede pintar, hermosísimo de crin, con rico y vistoso jaez), con máscara de plata, calzon y camisa ricamente labrado de pita, caperuza, sayo y polainas de paño pardo con todos los vivos guarnecidos de jacintos engastados en oro, y todo el campo lleno de mucha diversidad de piedras preciosas, diamantes, rubíes, esmeraldas, girasoles, perlas y otras muchas joyas de oro, en tanta copia, que no es posible hacer suma de su riqueza. Llevaba en la mano dere-

cha una asta de plata melcochada, y pendiente della un excelente retrato de las armas de Madrid, y delante de sí, por grandeza y ornato, todos los caballeros andantes autores de los libros de caballerías, Don Belianis de Grecia, Palmerin de Oliva, el caballero del Febo, etc., yendo el último, como más moderno, *Don Quijote de la Mancha,* todos de justillo colorado, con lanzas, rodelas y cascos, en caballos famosos; y en dos camellos Mélia la Encantadora y Urganda la Desconocida, y en dos avestruces los Enanos Encantados, Ardian y Bucendo, y últimamente á Sancho Panza, y doña Dulcinea del Toboso, que á rostros descubiertos, lo representaban dos hombres graciosos, de los más fieros rostros y ridículos trajes que se han visto: llevaba por todos cuarenta hombres.

Seguíale otro labrador en un caballo rosillo, con sayo y caperuza de terciopelo azul, sembrado de espigas, él y la crin del caballo, con un bieldo al hombro, de cuyos ganchos pendia, escrita en letras góticas, una octava que declaraba el pensamiento de la máscara. Éste llevaba tras sí doce mancebos de traje y rostro guineo, y por armas, arcos y flechas, en doce caballos, vestidos de otras tantas pieles de toros con sus astas tan bien puestas

que á la vista parecieron naturales toros, invencion que pareció muy bien por ser cosa nunca vista en las Indias.

Seguíales un músico extranjero ricamente aderezado, no sólo en el traje, que era peregrino, pero en la riqueza de joyas y perlas que llevaba. Iba á caballo y delante de sí, en el mismo caballo, tañendo un órgano, cuyas diferencias de voces, eran un perro, un gato, un lechoncillo, una ardilla y un pollo, asidos con ciertas cuerdas, de suerte, que en el tirar dellas, estaba el cantar ó no de los animalejos.

Siguióse la coronacion del imperio romano, donde despues de gran música de chirimías y trompetas, iban algunos caballeros de diferentes naciones, muy galanes, y en gallardos caballos. Luégo seis reyes de armas, todos con sus casacas de tafetan carmesí, y en ellas las armas imperiales, y llevando los dos primeros mazas de plata en los hombros; les seguia el mariscal del imperio, haciendo oficio de caballerizo mayor, con muy discreto y galan vestido; luégo el mayordomo mayor, con calza, capa y gorra negra, con entretelas de tela de plata, baston delgado de vara y media de largo, con cabos de plata, y todo el campo de la capa y gorra sembrado de fina pedrería y perlas. Los

electores del imperio se seguian en esta forma: el conde Palatino, con un plato cubierto con otro de plata dorados y una rica toalla doblada encima del brazo, haciendo oficio de maestresala, armado sin manoplas, y pendiente de la gola una ropa rozagante de terciopelo carmesí, con mangas largas, y una muceta de armiños que le cubria los hombros hasta la mitad de los brazos; el marqués de Brandenburg, con la copa dorada, armado y con la mesma ropa; el duque de Sajonia, haciendo oficio de camarero mayor, con una salvilla de plata dorada en las manos, y en ella unos guantes doblados, armado, y con la ropa dicha; el arzobispo de Tréveris, con su roquete debajo de la mesma ropa, y ricamente aderezado, llevaba en las manos el juramento y ceremonias del Sacro Imperio, escritas en un pergamino, y dél pendientes los siete sellos de los electores, de plata; el arzobispo de Colonia, con su roquete debajo de la propria ropa, y en otro pergamino el previlegio del imperio, de quien pendian tres sellos de oro, que significaban las tres coronaciones; el arzobispo de Maguncia en el mesmo traje, llevaba en las manos el sello del imperio.

Luégo, despues de mucha guardia y archeros con lucidas libreas, iba en un

hermosísimo caballo el emperador de Alemania, armado de muy lucidas armas, sin manoplas, con una capa de coro de brocado sin capilla, con riquísima corona imperial de piedras preciosas, oro y perlas, y en la mano izquierda, encima de un baston, llevaba un globo y en la derecha el cetro. Seguíale un cardenal, en extremo bien aderezado, con todo el capelo cubierto de riquísimas joyas, que hacía el Nuncio del Pontífice, y luégo todos los embajadores de los reyes, cada uno con el traje que le pertenecia y extremo en la riqueza y discrecion dél, yendo el último el de España con calza, capa y gorra negra, vueltas de tela blanca, sembrado de perlas, oro y piedras preciosas, y al pecho, pendiente de una cadena de diamantes, el Toison de Oro. Iban todos los dichos con mucho adorno de galas y gran pompa de criados.

Seguíase otra música de chirimías y luégo los reyes de las naciones siguientes: el rey de Inglaterra en un caballo castaño muy gallardo, que hacía un inglés tan natural de traje, rostro, cabello y melenas, que á los ojos del pueblo, despues de Salomon, llevó la gala: y además de la riqueza de vestido, llevaba un sombrero alto de copa grande de falda, vuelta por el

lado derecho y presa con un broche de diamantes, adornada la vuelta con la mayor riqueza de oro, perlas y pedrería, que se puede decir. Acompañábale un grande de su córte é iban los dos tan propios y con tanta gala, que no se determinó en ellos ventaja. El rey de Francia con calza, vaquero y capa de tela verde, guarnicion de oro y vueltas de tela de oro, corona de rayos, cuya hermosura podia causar envidia á los del sol, lleno todo él de muy finas piedras, joyas de oro y perlas, con seis criados de lucidísimas libreas. El gran duque de Moscovia, emperador de Rusia, con cetro y corona imperial de oro, con muy vistoso y lucido traje, llevaba cuatro criados muy bien aderezados. El Gran Turco, que por particular curiosidad llevaba á su lado derecho á su sultana, hermosísima en extremo, y los dos con propio y muy costoso traje y excelentes tocados, con tanto aljófar, perlas, oro y pedrería, que causaban admiracion, llevaban cuatro lacayos turcos muy bien aderezados; los dos iban delante del Gran Turco y los dos asidos al freno del caballo de la sultana.

El rey de Persia, con no menos gala, adorno y propiedad de traje, y en la riqueza de pedrería y joyas le igualaban pocos.

Luégo el preste Juan de las Indias, muy al natural en traje y rostro, en un hermosísimo caballo, con vestidura de tela y la ropa de encima bordada, sobre la cual llevaba un roquete blanco corto, y sobre él una cadena de oro y diamantes, con tiara de oro en la cabeza y en la mano derecha una cruz de plata. El Gran Chino por excelencia en la propiedad del traje, y la riqueza dél en tanto modo, que causaba maravilla, y sobre todo el tocado con infinitos rubíes, diamantes y otras piedras preciosas, y un penacho en él de oro y diamantes de innumerable valor. Pasando todos desta suerte, ocupaba el puesto que dejaban la entrada que hizo la reina Saba en Hierusalen á ver á Salomon, con la mayor pompa de camellos, palafrenes y bizarros caballos que se puede imaginar; donde despues de la repostería iban cuatro etíopes en otros tantos camellos, con vestiduras de raso negro, tan ajustadas al cuerpo, que á los ojos de todos parecieron ir desnudos; llevaban todo el sortijado cabello casi cubierto de pedrería y perlas; luégo ocho damas de la reina con muy ricos y vistosos trajes de peregrinos colores en gallardos palafrenes, llevando cada uno dellos de diestro dos criados muy bien aderezados.

Luégo dos etíopes en bizarros camellos como los de adelante, excepto que el adorno de sus personas era mucho más rico, porque de la cintura arriba iban cubiertos de diamantes, jacintos, rubíes, esmeraldas, aljófar, perlas y otras muchas joyas de oro: estos dos llevaban en medio un niño de edad de nueve años, hermoso á maravilla, que representaba á la reina Saba, en un caballo de color bayo, muy bizarro, en un sillon de plata, relevado de figuras de muy gran valor y excelente hechura; iba vestido de tela blanca fina, con excelente tocado guarnecido todo de variedad de piedras preciosas y joyas de oro; cubríale un palio indiano, á modo de media naranja, de oro y seda, que llevaba un criado ricamente aderezado, y el caballo llevaban dos criados de diestro, muy bien aderezados.

Seguíase la gran córte del rey Salomon, cuya grandeza (por no dar lugar este pliego de papel) no se pondrá en particular: cada una de las figuras llevaba por pompa de su acompañamiento todos los reyes que le eran sujetos y pagaban tributo, cada uno con la propiedad del traje que le competia, y todos de varios colores en famosos caballos, con el mayor adorno de pedrería, oro y perlas que se puede ima-

ginar, con gran autoridad de lacayos y pajes de muy lucidas libreas, y la mayor ostentacion que se ha visto: iban todos estos reyes de dos en dos en la forma dicha, y en pasando les seguia un niño muy galan de doce años, con una espada desnuda en la mano derecha, que significaba la Justicia. Luego otro de la misma edad, en extremo bizarro, con la corona y cetro de Salomon en las manos: era de oro, embutidos en ella muchos y muy ricos diamantes.

Á este niño seguian doce hombres de guardia con libreas de encarnado y plata muy vistosas, y en medio de ellos, muy galan y en muy galan caballo, el capitan de la guardia, armado de doradas y grabadas armas, sin celada ni manoplas, con vistoso tocado y volante plumero. Y á diez pasos de distancia iba el rey Salomon en un caballo de piel blanca, enrizado de cuello y crin, cuya hermosura causara envidia, y con justa causa, á los muy celebrados del sol; con bozal de plata dorado con sobrepuestos esmaltados, jaez de terciopelo negro bordado de oro fino, y él en sí muy gallardo; levantado los brazos y metiéndose de freno, con muy gran gala; era de manera que con gran cuidado ocupaban todos la vista en mi-

rarle. La vestidura del rey era de tela azul y oro, á su usanza, guarnecida de diamantes, rubíes, jacintos, girasoles, esmeraldas y otras muchas piedras finas, joyas de oro y perlas con muy rico tocado, donde sobre un mazo de ricos martinetes que llevaba en él, iba una perla neta y muy blanca, de innumerable precio. Delante de sí, demás de la guardia dicha, llevaba seis lacayos vestidos de tela amarilla con bastones dorados.

Tras él iba su caballerizo mayor, á caballo, ricamente aderezado, y dos caballerizos menores á pié, que llevaban un caballo con rica cubierta. Iba el caballerizo mayor sembrando letras con declaración del pensamiento, que era la sabiduría y poder de Salomon, con todos aquellos reyes que le rendian párias, ofreciéndoselas á la mucha virtud y santa inocencia de Isidro. Al caballerizo seguia una carroza descubierta, con las cortinas de carmesí enlazadas en los balaustres del cuerpo della, donde iban ricamente aderezadas algunas de las concubinas de Salomon.

Á esta pompa y grandeza seguian seis labradores vestidos de pardo, con todos los vivos llenos de alamares de espigas, y en las manos hoces por insignia; luego otros seis labradores, con sayo, calzon,

caperuza y polainas verdes, cuajado todo el campo de los vestidos de láminas de plata, estampadas en ellas yuntas de bueyes, y ángeles que iban arando, y las caperuzas todas cubiertas de aljófar, oro, pedrería y perlas. Llevaban cuellos de lechuguilla con muchas trenzas á lo antiguo.

Á éstos seguian otros seis con las mismas estampas y riqueza, excepto que la tela del vestido era azul; llevaban entre los dos últimos á Juan de Vargas, el amo del glorioso San Isidro, con vistoso gaban, sembrado de riquísimas joyas. Estos doce llevaban aguijadas por insignia, tras de ellos. Y por fin de toda la máscara iba un carro muy vistoso y de grandísima arquitectura, cuya grandeza requeriría nueva relacion. Tirábanle cuatro caballos overos, con no ménos gala y bizarría en todo que los demás,—en cuya popa iba un tabernáculo de madera aforrado en tela, y en el hueco dél una imágen de Nuestra Señora de Atocha, y dos gradas más abajo una hechura de San Isidro adorándola. En la proa iba un bosque, y en él muy gran diversidad de músicas.

Desta suerte anduvo las calles más principales de la ciudad, gobernándola cuatro generales, que para ello fueron señalados, en caballos ligeros, lucidísimos de adorno

y vestido; llevaron los rostros cubiertos por la variacion de los colores. Y demás déstos iba otro descubierto, con calza y ropilla negra, sombrero negro con bizarras plumas, y bota blanca, en cuerpo, que por lo negro del traje, y ser el caballo blanco, pareció muy galan.

Salió la máscara á las dos de la tarde, y anduvo hasta las Ave-Marías, con tanto gusto de todo el pueblo, que lo más noble dél pidió saliese segunda vez; pero como no es del discreto habiendo justado bien volver á probar su intencion, no salió. Viéronla los más dos y tres veces, conociendo el amor con que en todas las ocasiones que se han ofrecido pretenden los Artífices desta Platería no hacer ménos que otros.

ENTREVISTA DE CÁRLOS I DE ESPAÑA Y FRANCISCO I DE FRANCIA

«*Relacio muy verdadera: sobre las Pazes: y concordia que entre su Magestad: y el christianíssimo Rey d' Fracia passaron: y las fiestas y recibimiento q se hizo á su Magest. en la villa de Aguas muertas, á treze de Julio. Año M.D.xxxviij* (1).

SEÑOR: Yo escrebí de junto á Marsella lo que hasta aquí ha acontecido, y ansí lo haré en esta carta hasta nuestra entrada en esta ciudad. Su Magestad partió del puerto de Marsella el sábado, á 12 de

(1) Dice el conocido historiador D. Modesto Lafuente que «al regresar de Villafranca á España el emperador Cárlos V, recibió una invitacion de Francisco I, en que le rogaba se viese con él en el puerto

Julio, que allí allegamos ya que anochecía, y las veinte y una galeras de Francia vinieron en su acompañamiento: hizo la noche tan escura que no pudieron las galeras seguir sus capitanas, y ansí nos perdimos todos y anduvimos perdidos por la mar con la mayor niebla del mundo hasta el domingo á medio día, que á poder de tiros nos juntamos de dos en dos galeras. É ya que eran las tres de la tarde abría el sol y [nos] hallamos un tiro de ballesta de tierra á tres millas de Aguas-Muertas, á donde aquella hora había arribado la capitana, á donde Su Magestad venía, e la capitana de España y otras veinte galeras á complimiento de cincuenta y una galeras que veníamos, que andaban perdidas por la mar.

Llegados que fuemos á Aguas-Muertas no le respondió nuestra capitana á ningun tiro, y á poco todas las galeras acudieron

---

de Aguas-Muertas, donde holgaria mucho de recibirle.» De esta entrevista existe en el Archivo de Simancas extensa carta política, del mismo emperador, al marqués de Aguilar, é impresas, relaciones en idioma francés; pero era desconocida, hasta que la publicamos en el *Suplemento literario de El Dia,* 23 Julio 1883, la en extremo curiosa y detallada, que se reimprime, con notas aclaratorias, por el único ejemplar existente (en cuatro hojas, 4.°, let. gót.), de testigo ocular desconocido.

á Aguas-Muertas. Y sabido lo que á cada uno habia acontecido, hallamos que la capitana en que Su Magestad venía habia embestido en tierra é hízose algun mal, y sobrevínole que la imbistió otra galera que se llama la *Doncella,* en que venía el Conde de Modica; la cual, como le dió por la popa, le quitó una de las serenas que tenía puestas á los lados, y quebróle tres ó cuatro bancos: en fin, quedó la capitana tal de la embestida y del golpe, que dió en tierra, y del golpe que la *Doncella* le dió le fué forzado echar ropa á la mar. Su Magestad dicen que no se alteró mucho de esto, pero Andrea Doria lo riñó mucho y Perico (1) el del Conde de Benavente daba muy grandes voces, de lo cual reian mucho. La galera de la *Aguila,* en que gran daño aviniera, tambien embistió en tierra, á lo ménos púsose tal, de manera que entró en ella mucha agua. Y en

---

(1) Loco ó bausan, de quien, en el *Inventario* de Felipe II, y debido al pincel de Antonio Moro, se registra el hermoso «Retrato entero, al ollio, sobre lienço, de pejeron loco del Conde de Benavente, con calças y jubon blanco y una baraja de naypes en la mano derecha, que tiene de alto dos baras y quarta, y de ancho bara y quarta, n.º 139. Tasado en doze ducados.» Actualmente en el Museo del Prado, número 1.483.

Aguas-Muertas sacaron la gente afuera y la ropa, y la aderezaron.

Ya que eran las cinco de la tarde Su Magestad se metió en una entrada de agua que es en las dichas Aguas-Muertas; y estando cercado de galeras de España y del Príncipe, y algunas de Francia allí cerca, el Rey de Francia vino á ver á Su Magestad con su galera capitana. Venía desta manera: encima de un esquilfe de la galera hecho un lecho, el cual por abajo y por encima estaba cubierto de un paño de raso carmesí, y sembrado todo de flores de lís de oro, y cogines de brocado, sobre que el Rey venía sentado. El cual dicho esquilfe llevaba delante otros dos esquilfes ligados de uno en otro, y remaban los dos esquilfes ocho remos, que lo llevaban tan recio como si fuera posta.

Llegado el Rey á la galera de Su Magestad, subió por el escalera: soltaron de las galeras muy hermosa artillería. Su Magestad, vestido con una ropa de raso carmesí de marinero con botones de oro, é unas calzas de lo mesmo y gorra negra con cabos, lo salió á recebir al escalera, y le dió la mano para subir, y subido se abrazaron tres veces. El Rey de Francia dijo á Su Magestad: «Hermano, aquí estoy: jazed de mí lo que quisiéades;» y Su

Magestad se rió, y abrazados é riendo se fueron á popa, y se sentaron en sendas sillas que allí estaban bien aderezadas.

Salieron con el Rey el Cardenal de Lorena y el gran Condestable de Francia y otros pocos señores franceses: estaban con Su Magestad, el Duque de Alba y el de Nájara y Alburquerque, el Marqués de Cuéllar, el Conde de Benavente, el Conde de Modica y otros caballeros gentiles hombres. Estuvieron el Rey y Su Magestad juntos más de dos horas en mucho regocijo: Su Magestad abrazó á los señores que con el Rey vinieron; el Rey abrazó á los señores que con Su Magestad estaban. El Príncipe Andrea Doria se estaba paseando al árbol de su galera, y el Rey de Francia dijo á Su Magestad, que hiziese venir allí el Príncipe: el cual vino y se hincó de rodillas, é pidió la mano á Su Alteza, y no se la quiso dar, y le abrazó, é sin hablar el uno al otro palabra ninguna, se apartaron ya que quería anochecer: el Rey se partió de Su Magestad con su gorra en la mano, y abrazando á los señores se despidió; y Su Magestad con él hasta la escalera.

Venía el Rey de Francia vestido con una ropa de terciopelo negro, toda bordada de oro, y una gorra, con su medalla y

cabos, y plumaje negro. Al salir se hizo mejor salva que al entrar.

Luego, el lúnes de mañana, Su Magestad con una trompeta echó bando por todas las galeras, que ningun señor saliese á tierra, y mandó á los patrones de galeras, que no diesen los esquilfes so graves penas: dende á poca de hora vino Salazar, Camarero del Comendador mayor de Leon, de galera en galera, á decir á los señores, que vienen por principales en ellas, que ellos con cada cinco ó seis caballeros de los que en ellas vienen saltasen en tierra, y Su Magestad salió luego de su galera en su esquilfe con su toldo de brocado, y así saltaron los señores cada uno lo más presto que pudieron, y fueron á la villa de Aguas-Muertas, que es tres millas do estaban las galeras surgidas: y todas las tres millas se navegaban por canal y con trabajo.

El rey de Francia salió á recebir á Su Magestad en el esquilfe que el día antes había traido, buena pieza del lugar. Al fin ambos Reyes juntos, acompañados de muchos señores franceses, entraron en el palacio del Rey, que estaba asaz bien aderezado, y la Reyna lo salió á recebir á la puerta, adonde con sus manos juntó á los dos Reyes, y los hizo abrazar y fuéronse

á misa. El Rey de Francia dijo á Su Magestad que él queria ser muy buen amigo suyo, y que en sus reinos, tambien como en España, se haria y cumpliria el mandamiento de Su Magestad sin falta alguna, y en señal dello le dió el Rey á Su Magestad un anillo de oro que tenía un diamante que valia diez mil ducados, y se le metió en el dedo, y dijo: «Esta os doy, mesior, y mi palabra, porque cuando otra cosa se hiziere, cualquier caballero me pueda culpar de malo.»

Y acabada la misa y habiendo Su Magestad abrazado muchos señores franceses, y besado muchas damas, se fueron el Rey e Su Magestad y la Reina mano á mano á una sala grande, y toda, por lo alto y lados, tapizada de muy rica tapiecería de paños de brocado y tela de plata, y puestos en ella cuatro ó cinco candelabros, los dos de oro y los tres de plata blanca, todos muy ricos; y sentáronse á comer, el Rey de Francia en medio de la mesa y Su Magestad á la mano derecha, y tras Su Magestad estaba la Reina, y á su mano derecha estaba la hija del Rey. Á la mano izquièrda de la cabecera de mesa estaba el Rey, estaba madama de Estampa, y el Cardenal de Lorena, y á su mano izquierda estaba otra señora deuda

del Rey: fué el servicio de la mesa hecho por caballeros franceses y españoles: servía la copa á Su Magestad D. Juan Pimentel: hubo tantos manjares y risas y placeres, que no se puede decir. El Rey é Su Magestad nunca tuvieron gorra puesta en la mesa al echar de la servilleta y al lavar de las manos; al principio de la comida hubo muchas cerimonias, y al fin ninguno dellos la tomó: ántes ámbos se limpiaron á los manteles.

Al cabo de la comida y antes de alzar los manteles, vino á la mesa el Delfin y el duque de Orliens su hermano, á los cuales abrazó Su Magestad, y los dos se hablaron y rieron un rato, y ansí lo hacía el Rey é la Reina, que no parecia sino que en la mesa estaba un paraiso. Era tanto el placer que la Reyna tenía, que me parecia á mí que no estaba su ánima en ella, y de poco en poco volvia la cabeza á los señores de España que allí estaban, y hacíales del ojo que los mirasen.

Al tiempo del lavar de las manos, acabada la comida, el Delfin tomó la tovaia para servir á Su Magestad, el cual no lo consintió, y se levantó y abrazóle, y sirviósela D. Juan de Toledo, hermano del Conde de Oropesa; hubo en la comida música de cantores y vihuelas de arco.

Levantada la mesa y echada la bendicion por el cardenal de Lorena, la Reina tornó á tomar al Rey con las manos y á Su Magestad, y los hizo abrazar dos veces, y estando ellos abrazados, abrazaba ella á los dos, y metia su cara entre las suyas: holgaba tanto, que era maravilla de lo ver. El Rey y Su Magestad tenian tanto placer, que no se puede decir, y luégo vinieron allí muchas damas á serao, y pasaban por donde el Rey é Su Magestad estaban, y besaba y abrazaba á todas ellas una por una.

Danzó por mandado del Rey el Conde de Benavente con una dama bien hermosa, y danzó con otra Don Pedro de la Cueva; con otra el Marqués de Cuéllar, y Don Luis de la Cueva con otras; danzaron Don Gomez de Benavides y Don Sancho de Leyva y Don Álvaro de Madrigal, cada uno con su dama, y danzó el Duque de Nájara con la Reina, y Perico iba delante apartando la gente; el cual dijo tantas cosas al Rey y al Emperador, que holgaban mucho de oirle. El Duque de Alba y de Alburquerque estaban juntos á Su Magestad. El Rey hablaba mucho, y se holgaba con el Duque de Alba, el cual le dijo, é yo se lo oí, que si Su Magestad quisiese, que él se iria con él á Búrgos y

Valladolid: y acabado el serao, el Rey y la Reina y el Delfin, y los señores de Francia y de España, llevaron á Su Magestad á un aposento que tenian bien aparejado, en el cual habia una cama muy rica y de gran valor, y Su Magestad se echó á dormir en ella.

El Rey é los demás salieron de allí, y se abajaron, y la Reina se entró con sus damas en su aposento, que era bien aderezado y rico, y allí los caballeros se asentaron con las damas y holgaron, habiéndoseles hecho muy buena xira, y ansí se hacía á todos los españoles, de cualquier calidad que fuesen.

Ya que eran las siete de la tarde, se sentaron á cenar Su Magestad y el Rey é la Reina, sentados de la manera que al comer, y cabe la Reina estaba la Delfina, é junto á ella la hija del Rey. Estaba á la mano izquierda del Rey Madama de Estampa, y luégo el Duque de Orliens, hijo del Rey, y luégo el Delfin, é junto á él el Duque de Alba y el Conde de Benavente y el Marqués de Cuéllar. En la cabecera de mesa una Dama, y luégo el cardenal de Lorena; y luégo otra Dama, y tras ella el Conde de Modica, y luégo otra Dama, y tras ella el Duque de Alburquerque y luégo otra Dama, y tras ella el Duque de

Nájara, estaba frontero del Rey: tuvieron muy buena cena, y ansí el serao, el cual acabado se fueron á acostar, y ansí hicieron todos los señores españoles que estaban bien aposentados segun el lugar, que es muy bellaco lugar; y vinieron á la comida del Rey é Su Magestad lobos (1) y hablaron al Rey y se holgó mucho con ellos.

Y en la mañana oyeron misa el Rey é Su Magestad juntos, donde hobo grandes cerimonias entre los dos: comieron solos el Rey é la Reina y Su Magestad y la Delfina é la hija del Rey.

É comió el Delfin en otra casa con todos los señores de Francia y España que allí estaban. El Condestable de Francia en la comida ni en la cena se sentó, porque era maestro de cerimonias.

En la tarde, casi ya puesto el sol, Su Magestad se despidió de la Reina, é se vino á su galera. Acompañáronle hasta ella el Rey y el Delfin, y el Duque de Orliens y el Cardenal de Lorena, y dejándolo dentro, se volvieron hácia la tierra en galeras muy hermosas.

---

(1) Denominábanse así, en estilo festivo, las personas en estado de embriaguez ó borrachera. *Diccionario de la Lengua Castellana*. Madrid, 1734. T. IV, pág. 427.

É hánse concertado paces entre ellos muy buenas, las condiciones de las cuales yo no las sé. Sé os decir, que los franceses están más regocijados con ellas que nosotros, y han venido á Aguas-Muertas muchas gentes por ver á Su Magestad y al Rey juntos; durante estas vistas ha habido casas diputadas con pan é vino y carne toda vía para yentes é vinientes. El aparador del Rey publico que es muy rica cosa. Doy muchas gracias á Dios, que á tal tiempo nos ha traido, al cual plega que dure, para que la cristiandad esté en paz, y los infieles se conviertan á la sancta fe católica. De Aguas-Muertas á XVI de Julio.»

LA FUERZA EN ESPAÑA

EL *vigor, robustez y capacidad para hacer ó mover una cosa que tenga peso ó haga resistencia* (que así define LA FUERZA la Real Academia Española de la Lengua en su último *Diccionario)* (1); fué en todos tiempos y naciones el medio más eficaz para imponer el derecho, y el primero y más natural, si no más lógico, de todos.

Si vis pacem para bellum, de donde hombres y pueblos que quisieron ser respetados, procuraron ser fuertes.

---

(1) Madrid. Imprenta de D. Gregorio Hernando, 1884.

Á la fuerza venimos al mundo, y no pocas tuvieron que hacer nuestras madres para echarnos á él.

Á la fuerza hacemos el último viaje: *á la fuerza ahorcan.*

Origen de la nobleza fué la fuerza, que, á testarazos enriquecieron su escudo los más ínclitos varones, y en la fuerza se apoyan las modernas democracias para cimentar sus leyes cuando reclaman el voto de la multitud.

Mientras que haya hombres habrá guerra: mientras que haya guerra habrá fuerza.

¡Cuántos puntos de semejanza no pudieran establecerse, valga el ejemplo, entre el *juicio de Dios* y el sufragio universal!

Pero no cumple á nuestro propósito meternos hoy en tales honduras.

Vamos tan sólo á espigar el ancho campo de la historia patria para agrupar hechos famosísimos de forzudos españoles, cuyas hazañas memorables corren perdidas en muchos curiosos trabajos manuscritos é impresos.

Si la gimnasia, la esgrima, el salto, la carrera, la equitación y la caza fueron artes cultivados siempre por la gente de buena crianza, hoy, que la moda impone todo *lo inglés,* los múltiples y variados ejercicios de fuerza ó agilidad, compren-

didos bajo el nombre genérico *sport,* vienen á constituir parte principalísima de la educación.

Muy en cuenta lo tuvo el tercer conde de Fernán Núñez cuando decía:

«Los exercicios corporales hacen al hombre ágil y dispuesto para todas las habilidades tan necesarias á él. Y así, ya que los de las Palestras Griegas y Romanas no están en uso en nuestros tiempos, y que en todas nuestras acciones debemos evitar la singularidad, y no por esto dexar de solicitar lo más útil, puede servirnos de medio término la Danza, los Trucos y la Pelota» (1).

No hemos de comenzar, según costumbre, hablando de Egipto, Asiria, Grecia y Roma, ni á entretenernos en excursiones por la Edad Media.

De intento olvidamos también á los cuarenta y tres Hércules citados por Varrón, personificaciones de la fuerza en las mitologías paganas; á Sansón, que lo es en la Biblia; al famoso rey del Ponto, Mitrídates VII, más conocido por *Eupator;* á Ge-

---

(1) *El Hombre práctico...* por el Excelentísimo Sr. D. Francisco Gutierrez de los Rios y Córdoba, tercero Conde de Fernan Nuñez. Bruselas, 1680: reimpreso en Madrid, 1764, por Joachin Ibarra, pág. 20.

deón él valeroso vencedor de los madianitas; á Milón de Crotona, que necesitaba veinte libras de carne para mitigar el hambre; á San Cristóbal, con la palmera por bastón y el Niño de la bola al hombro, y á todos los otros clásicos y conocidos forzudos que se mientan en historias sagradas y profanas.

Nuestro estudio se limita á España y arranca de tiempos relativamente modernos.

Cumple advertir que en la exposición de hechos no seguiremos orden cronológico.

Desde luego parece que en el nombre de Alfonso estuvo vinculada la fuerza en España.

Muchos ejemplos notables podríamos citar en apoyo de semejante singularidad: bastarán los siguientes:

«No creo se ha conocido hombre de mayores fuerzas que *Don Alonso de Granada,* de que se cuentan cosas increibles. En Madrid rejoneó delante de Cárlos II, y apeándose del cavallo, cogió á un Toro con la mano izquierda y con la derecha le cortó el pescuezo de una cuchillada» (1).

---

(1) Murillo Velarde. *Geographía Histórica.* Madrid, t. X, pág. 43.

Contemporáneo del robusto granadino fué *Don Juan de Ovando,* de grandísimas fuerzas, con que, al decir del autor citado, «admiró en Madrid á los Españoles y Estranjeros.»

No menos vigoroso que el primero fué el capitán *Alonso de Céspedes,* apellidado *El Bravo.* «Dicen que meneaba doce hombres con una mano, puestos contra él al cabo de un gran madero; y preguntóle un pasagero una vez por el camino, y alçó un timon de una carreta y *por allí va* dijo, señalando con él... En Granada, asido con las manos de una reja, levantó un caballo en que iba á la gineta» (1).

El notable, y poco conocido poeta, Don Fernando de Camargo y Zárate, compuso á D. Alonso el siguiente

EPITAFIO

Del impulso fatal solo vencido,
Yace en este sepulcro soberano
Céspedes, cuyo nombre al africano
Aún amenaza en mármol esculpido.

Trompa, laurel y triunfo le es debido;

(1) *Miscelánea* de Zapata. *Memorial histórico Español.* Madrid, 1859: t. XI, pág. 259.

Pues el esfuerzo de su invicta mano
Exaltacion fué y lustre de lo humano
Pasando á venerado por temido.

Cuanto romano aclaman las historias,
Cuanto heróico elevó canoro acento
Es eco fugitivo de sus glorias.

Ceñido vino el orbe á tanto aliento;
Fama faltó á la fama á sus victorias;
Y encumbróse á triunfar al firmamento.

Pero si los dos Alfonsos referidos realizaron tan notables hechos de fuerza con deliberado propósito, á los cariños de *Don Alonso el Membrudo* podría muy bien aplicarse aquello de «¡tanto quiso el diablo á su hijo, que le saltó un ojo!»

Fué tan hercúleo caballero (de apellido Diaz) deudo del gobernador de Panamá, Don Pedro Arias Dávila, muy devoto del marqués de Pizarro, y conspiró á favor del licenciado Vaca de Castro, enviado por el rey para poner coto á las turbulencias del Perú.

«Dice un cronista—cuenta Don Ricardo Palma en su libro *Perú, Tradiciones,*—«que Don Alonso, cuando se cansaba su caballo, se lo echaba al hombro, sin desnudarlo de arneses, y seguia tan fresco su camino.

»Al tener noticia de que las tropas rea-

les salian de Guamanga, en número de 800 soldados, para batir á los 600 de Almagro, decidió don Alonso abandonar su escondite, y enderezó el campo á Chupas, anheloso de llegar á tiempo para tomar parte en la batalla que se dió el 16 de setiembre de 1542.

»Faltábanle pocas leguas para llegar al real de Vaca de Castro, cuando vió venir ginetes en briosos caballos, y á todo correr, á tres soldados que el vencedor enviaba á Cuzco con la noticia del descalabro de los almagristas.

»Alonso Diaz detuvo á uno de los emisarios, y éste, al reconocer en él á uno de los leales y de los primeros conquistadores que vinieron á estos reinos con Pizarro, echó pié á tierra, esclamando:

»—¡Albricias, señor capitan! ¡Viva el rey! ¡Vencido es el tirano!

»Tan grande fué el gozo de don Alonso al saber la fausta nueva, que se echó en brazos del soldado, diciéndole:

»—¡Viva el rey!... ¡Aprieta, valiente, aprieta!

»Y tan estrecho fué el abrazo y tal la fuerza con que apretó don Alonso el Membrudo, que el soldado dió un grito y cayó redondo, lanzando un torrente de sangre por la boca.

»Alonso Diaz, que en los combates de la conquista mataba, nó con la espada sino con abrazos á los indios, olvidó, en el entusiasmo de su alegría por la victoria, que sus abrazos daban la muerte al prójimo.

»Enjuiciado el involuntario matador, absolvíolo Vaca de Castro, pero prohibiéndole en adelante, bajo pena de la vida, abrazar á nadie, amigo ó enemigo, hembra ó varon.»

De algún otro Hércules español, que cargaba con cuadrúpedos tan pesados ó más que el caballo de Don Alonso, tenemos también noticia exacta.

En la *Chronique de Froissart* (1) se mienta á un caballero, ya famoso por sus hazañas en el sitio de Lourdes, llamado *Ernaulton de España*.

Hallábase éste el dia 24 de diciembre de 1388 en casa del Conde de Foix, de sobremesa con otros muchos caballeros, en una galería del piso principal.

El frío era horroroso, y el Conde, mirando el hogar casi apagado, exclamó:

—¡Qué fuego tan mezquino para el tiempo que hace!

Entonces el español, que había visto

(1) *Collection Buchon*, t. IX, pág. 287.

por las ventanas de la galería que daban al patio una porción de asnos cargados de leña para el castillo, baja, coge el mayor de aquéllos, y con su carga se lo echa á cuestas sin esfuerzo; sube con gran facilidad *(moult légèrement)* los veinticuatro peldaños de la escalera, entra de nuevo en la galería, y atravesando por medio de los caballeros que obstruían el frente de la chimenea, arroja dentro de ésta al asno y la leña, que cae sobre los morillos, mientras que el animal muestra al aire las cuatro herraduras.

«Y un fraile de San Francisco, que se llamaba *fray Sufras,* .... extendidos los brazos, en las puntas de sus dedos pulgares tenía, miéntras los desollaban, dos carneros. Ántes que se metiese á fraile, yendo á caza en un monte, quísole prender un caballero, cúyo el coto era, y no tenía ningunas armas; arranca un álamo, y con este bastoncillo dió y aturdió y desbarató al caballero con su lanza á caballo, y dos ó tres guardas que iban con él» (1).

Por lo que hace á tajos, reveses, cuchilladas, botes de lanza y porrazos tremendos, la lista de los nervudos españoles

(1) Zapata, l. c., pág. 260.

que los dieron en batallas, justas, fiestas de toros y desafíos, es interminable.

Para muestra valgan las que siguen:

«Quando el Rey Don Phelipe y la Reyna Doña Juāna vinieron principes, despues de la muerte del prinçipe Don Juan, estando en Toledo los Reyes; hubo juego de cañas y toros y mirándolos el [primer] *Duque [de Nájera,* Don Pedro Manrique de Lara], do estaban los Reyes, vió que un toro muy bravo mató un cavallo al Conde de Treviño, su hijo, y que nadie ossaba parar en la plaza. Dijo el Duque á la Reyna Doña Isabel que pues su hijo avia dado mala quenta de su cavallo, que él queria yr á vengallo. La Reyna le dijo que no lo hiçiesse, porque era muy bravo aquel toro, y que avia hecho mucho daño; mas no dejó el Duque de salir á él con una lanza, y arremetiendo el toro á él, y él al toro, le dió por entre los cuernos una tal lançada, que le salió la lança por debaxo de la barriga hasta el suelo y dando un gran bramido cayó muerto» (1).

Balthasar de Gallegos, hombre de prodigiosas fuerzas é igual valor, pasó á Indias, y se halló en la conquista de la Florida, y en una de las batallas que se die-

(1) *Mem. Hist. Esp.,* t, VI, pág. 131.

ron partió por medio del cuerpo al General de Tlascaluza (1).

Más conocido que el anterior es *Don Diego Pérez de Vargas,* tronco de ilustre familia, que debe calificada nobleza á las grandes fuerzas de aquel caballero toledano que tanto se distinguió en la batalla de Jerez contra los moros, en el reinado de Fernando III el Santo.

«Como acaesciese que perdiese todas las armas de ferir... fuese á una oliuera e quebró un ramo que tenia baxo un cepillo á manera de porra... e comienco de ferir de la vna parte e de la otra... E el conde don aluar peres... cada vez que le oya dar el golpe, dezia: Así, diego, machuca así. E este nombre ouieron despues todos los de su linaje» (2).

Cuenta *Diego García de Paredes* (y en nuestro entender merece entero crédito si se tiene presente cuanto del mismo refieren abonados historiadores) el desafío que tuvo á porrazo limpio con un caballero francés.

«Á los dos dias combatimos con porras

---

(1) Murillo Velarde, l. c., t. X, pág. 46.

(2) Diego Rodriguez de Almella. *Valerio de las estorias escolasticas.* murcia, Lope de la roca, aleman. mill e quatrozientos e ochenta e siete. Fol. l. g. sign. diiij.

de hierro en medio de dos campos, rodeados de hombres de armas. Viendo el francés la pesadumbre de la porra, echó la suya en el campo no pudiéndola menear y puso mano al estoque y vino á mí pensando que yo no podia alzar la porra, y dióme una estocada por la escarcela del arnes y hirióme, y yo le dí con la porra en la cabeza y le hundí el almete en ella y murió.»

Don Manuel Juan Diana, en sus *Capitanes ilustres* (1), dice de este hombre temible:

«Lo cierto es que por su extraordinaria fuerza fué llamado el Sanson de Estremadura.

»Ántes de salir de Trujillo, siendo todavía muy jóven, fué á misa con su madre. Cuando se retiraban quiso ésta volver á tomar agua bendita que se le había olvidado. García la hizo esperar diciendo que él iria á traerla, y á poco se presentó á su madre, trayendo en brazos la pila del agua bendita.»

«Hallábase una noche en amoroso coloquio con su dama, y como le molestase la reja que los separaba, arrancóla de gol-

---

(1) Madrid, 1851. Imp. de J. Antonio Ortigosa, págs. 121-122.

pe de un solo tiron, y siguió su plática como si tal cosa hubiese hecho. Mostróse disgustada la dama, pues decia que en amaneciendo se habia de divulgar la ocurrencia en menoscabo de su honor; entónces García de Paredes arrancó todas las rejas de la calle.»

Este mismo fué quien, por dar gusto á Felipe II en Córdoba, estando viendo las aceñas y batanes, detuvo con la mano una piedra y de la fuerza que hizo le saltó la sangre por los ojos, oido, boca y narices (1).

«*Juan Fernandez Galindo* cortó á uno, á çerçen, un braço con una manga de malla y no le dejó sino en las postreras mallas.»

«Un hermano de Don Ramiro de Cárdenas, caballero de Écija, en Nápoles, dió á un napolitano una cuchillada sobre un casco que le cortó el casco y los cascos y le derribó muerto; y luégo de una estocada á otro que traia una cota de malla pasarle la cota y el cuerpo y echarle un palmo de espada por las espaldas.»

«Y el *Duque de Béjar,* Don Francisco I, cortaba un pescueço de un toro que no le quedaba sino en el gaznate» [como

(1) Gallardo. *Ensayo,* t. I, núm. 580.

tambien lo hacian *Don Manrique de Lara* y *Don Juan Chacon*] (1), «y un cuero de viento en el aire cortando el hilo de que colgaba, y revolver de revés, ántes que cayese cortado. Cortaba ansimesmo muchas hachas de cera juntas, y una vez cortó veinte y una velas de cera á la hila en sus candeleros, y abajó un poco al cabo la mano y llevóse del mismo revés, el cañon del candelero de plata.»

También «*Don Juan de Bracamonte,* Señor de Peñaranda, cortaba sobre una mesa de un revés, puestas en gotas de cera, diez y nueve velas sin derribarlas, y otras veces cuatro hachas» (2).

En el libro citado del señor de los lugares de Cehel se lee que:

«El liçenciado *Salguero Manos Albas,* honrado corregidor de Motril, en el levantamiento de Granada, año de setenta, dió á un moço en el brazo izquierdo una tan brava cuchillada que le echó á tierra el codo con un geme de cada parte del molledo arriba y otro geme del braço abajo hácia la mano, de manera que de un gol-

---

(1) Nicolás Fernandez de Moratin. *Carta histórica, sobre... toros en España.* Madrid, Pantaleon Aznar, 1777. 8.º

(2) Zapata. *Miscelánea,* l. c., págs. 20, 21, 152 y 314.

pe le hizo el braço tres partes iguales, que como cola de culebra cortada estuvieron un poco las dos saltando.»

Pero á todos estos golpes sobrepuja el siguiente encuentro de lanza que describe también el nombrado historiador de Carlos V.

«Don Jorge Manrique dió tal encuentro á su contrario—un caballero francés—que le pasó peto y espaldar y cuerpo de parte á parte, y el acerado arçon trasero de la silla, y aún hirió al caballo en las ancas.»

Un curioso padre de la Compañía de Jesús, en su *Floresta* (1), nos da á conocer á *Pero Monte,* natural de un lugar cerca de Soria, que se dice El Pino.

Fué Monte gran luchador, y aunque era pequeño de cuerpo y estaba á la sazón muy flaco por convalecer de una enfermedad, no tuvo inconveniente en presentarse ante la excelsa Reina Católica cuando esta señora, tan celosa siempre de la honra nacional, quiso saber si habría en España hombre capaz de habérselas con un luchador alemán que vino á probar fortuna entre nosotros.

Al ver Doña Isabel el menguado porte de Monte, dijo que se lo quitaran de de-

---

(1) *Ms.* Academia de la Historia.

lante, pues no servía para el caso; pero nuestro hombrecito respondió que, con la vénia de Su Alteza, estaba dispuesto á matar al alemán.

Y tardó poco en cumplir la promesa, dando á su contrario tan tremenda caída que no pudo levantarse más.

Cuéntase de este forzudo que siempre, al derribar en tierra á su competidor, le daba una nalgada á manera de azote.

Inventó cierta estratagema, aplicable á la carrera, á favor de la que, entre dos hombres iguales en ligereza, podía uno dar al otro dos *echadas* de ventaja y ganarle.

Dió también arte para que en la justa, siendo las lanzas iguales, resultase cualquiera de ellas una mano mayor con notable ventaja de quien la empuñaba.

Por último, enseñó á los justadores, contra el hábito vicioso de los más, el medio para que llevasen los ojos abiertos.

«*Francisco Marin,* natural de la villa de Palacios de la Sierra de los Pelendones .... á la fama por R.l órden lo conduxeron á la corte, en edad de catorce años, á que luchase con un famoso Negro del Rey [Felipe V]. Éste se presentó al combate desnudo y untado de sebo, é impaciente el Marin de no poder asirlo, retira-

do un poco, cerró el puño y con el dedo pulgar, qual si fuera un Toro, tiró un puntazo al Negro por el vientre echándolo por alto como á una Pelota» (1).

Alcanzó también luchando aplausos en la sala de Montesquieu en París, otro español, el *Joven Blas,* por los años de 1855 á 1860.

El caballero navarro *Don Jerónimo de Ayanza,* conocido por su ingenio é instrucción, lo fué más particularmente por las fuerzas hercúleas de que estaba dotado.

El gran Lope de Vega dedica al Don Jerónimo el siguiente

SONETO

Tú sola, peregrina, no te humillas,
¡Oh Muerte! á Don Jerónimo de Ayanza;
Tu flecha opones á su espada y lanza,
Y á sus dedos de bronce tus costillas.

Flandes te diga en campo, en muro, en villas,
Cuál español tan alta fama alcanza:
Luchar con él es vana confianza,
Que hará de tu guadaña lechuguillas.

Espera, arrancará por desengaños

(1) D. Josef Daza. *Arte del Toreo.* Ms. T. I, cap. XIX, pág. 84.

Las fuertes rejas de tu cárcel fria (1):
Mas ¡ay! cayó, venciste sin engaños.

Pues, Muerte, no fué mucha valentía
Si has tardado en vencerle sesenta años
Quitándole las fuerzas cada dia.

No sólo la muerte, como dice el Fénix de los ingenios españoles, logró vencer á *Don Jerónimo de Ayanza,* apellidado Hércules en su tiempo; que también le venció un contemporáneo suyo, *El Huérfano,* cuya singular historia dejó escrita Andrés de León, en un curioso manuscrito custodiado en la Biblioteca Colombina.

El primer hombre con quien este mozo probó fuerzas, y de quien salió vencedor, fué un clérigo muy vigoroso llamado *Juan de Leguissamo,* y el certamen ó la apuesta se llevó á cabo en la ciudad de Juntas en el Nuevo Reino de Granada.

El Huérfano asió por las argollas una campana que pesaba más de 26 arrobas (y yacía abandonada en el cementerio), levantándola más de ocho dedos del suelo.

Nuestro hombre tuvo ocasión de tratar mucho en la corte á *Don Jerónimo de*

---

(1) «D. G. de A. con las dos manos quitó de un monasterio de monjas de dos ú tres enviones las rejas del locutorio.» Zapata, l. c., t. XI, pág. 260.

Ayanza, que fué sin duda, como ya hemos visto, el primero en fuerzas conocido por aquel entonces.

Encontráronse un día en la calle de Atocha y casa de un caballero del hábito de Santiago, llamado Don Juan de Gaviria, y como siempre que se reunían había de hablarse de fuerzas, dijo Don Jerónimo al *Huérfano,* que no era capaz de sacarle un plato de las manos con dos dedos y él se lo arrancaría á cualquier hombre.

Respondió el interpelado, que él se lo arrancaba á dos hombres aunque fuesen muy membrudos.

Pidieron un plato y asiéronle Ayanza y Pedro Hurtado, vecino de Madrid, que estaba presente, y *El Huérfano,* afirmando dos dedos entre las cuatro manos de sus competidores, sacó el plato *abarquillado.*

Como el mismo Don Jerónimo ganase al *Huérfano,* en otra ocasión, á tirar á la barra con una que pesaba 34 libras, éste la tomó por la punta, y alzándola puso la otra al cielo, y teniendo el brazo extendido, empezó á jugar con ella de punta á punta con pujanza tanta que espantó á su adversario.

Venció así mismo *El Huérfano* al virey del Perú *Don Francisco de Borja* y

á *Don Pedro Tello,* muy forzudos; en la corte á *Miguel Calvo;* en Almodóvar del Campo á *Francisco Muñoz Cejudo;* en Huelma á *Alonso de Martos;* en Granada á *Don Jerónimo Plaza,* y en Cartagena de Levante á *Julian,* un fortísimo carretero.

Rompía dos barajas de naipes; alzaba un hombre en cada mano, desde el suelo donde las ponía para levantarlos, hasta enderezarse con ellos (1); paseábase por una sala con tres hombres en los hombros, y quebraba cualquier herradura como no fuese de frisón; hacía abanillos un plato de plata ordinario; ponía nueces entre los dedos de las manos, y, apretando, las hacía pedazos; llegábase á un membrillo, y aunque estuviese la fruta verde, oprimiéndola con una mano, quitaba la mitad de una de aquélla, dejando la otra media en la vara; á cualquier hombre le abría el puño, teniéndolo cerrado fuertemente, con sólo un dedo, del que se servía á modo de barrena; sujetábanle dos hombres con el cuento de una lanza, la mano, que él arrimaba á la pared, y apar-

(1) «El rapáz del Lugar de San Leonardo en edad de nuebe años, tomaba un hombre de más que mediana corpulencia en cada mano, y se paseaba con ellos como si fueran dos muñecas.» J. Daza, l. c.

taba aquélla con tanto esfuerzo, que salían los hombres rodando por el suelo.

Mucho más diríamos de este mozo extraordinario si no reclamasen nuestra atención otros no menos fuertes ó resistentes en la marcha y el salto.

De una competencia verificada en Cestona (Guipúzcoa) entre dos leñadores, en 1883, los que en menos de 38 minutos cortaron, cada uno, 16 gruesos troncos sin fatigarse.

De un atleta de Alora, de los que allí llaman *perotes,* que á pecho descubierto atajaba una piedra de molino rodando cuesta abajo; y de un cargador del muelle de Málaga que metía y sacaba el dedo índice á través de la gruesa corteza de una sandía de Vélez, con tanta facilidad como si aquélla fuese un merengue.

Refiere de Don Pedro I de Castilla, el cronista López de Ayala (nada sospechoso por su enemistad con el Rey), que fué «muy sofridor de trabajos, ca cuando hacía algun camino andava al dia de veinte á veinte y cinco leguas.»

Notable andador fué también *San Pedrico,* mozo de espuelas del malogrado príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos.

«Hera el ombre que en toda Castilla

mas andaua por sus pies, porque en dias de inbierno caminaua veynte leguas muchos dias arreo, y en verano treynta y treynta y çinco vn dia con otro» (1).

El más notable de todos fué el correo Portillo, que llevó á Valladolid al Emperador la nueva de la victoria de Jassa y «anduvo más de diez dias arreo a cuarenta leguas cada dia» (2).

El conde de Puñonrostro, *Don Rodrigo Arias Puertocarrero,* puede mencionarse asimismo en lugar preferente siempre que se trate de correr y saltar.

«Hacía poner á la hila de los de vendimiar seis grandes cestos, y venía de algo apartado á ellos, y con la priesa que traia saltaba dentro en el uno y en el otro, y en todos seis, entrando y saliendo de ellos, aunque le daban á los pechos» (3).

«La acción del salto» —dice el señor *Conde de Villalobos,* padre del actual Marqués de Cerralbo—«es una de las más peligrosas cuando se presenta en circunstancias extraordinarias, siendo al mismo tiempo la más difícil de enseñar entre to-

(1) Gonçalo Fernandez de Ouiedo *Libro* de la camara real del Prinçipe Don Juan. Madrid, MDCCCLXX, pág. 74.

(2) Zapata, l. c., pág. 444.

(3) Zapata, l. c., pág. 464.

das las artes que la gimnástica abraza, y que requiere más cálculo y combinaciones en la práctica» (1).

Pues bien: veamos ahora, para concluír, cómo, debido á su fuerza y agilidad extraordinarias, ponía en práctica sus teorías este caballero, á quien puede considerarse como el restaurador en España de la gimnasia en nuestros tiempos.

Si el famoso salto del capitán Alvarado ha sido puesto en tela de juicio por el Señor Fernández Duro, del que dió el Conde de Villalobos, y va á referirnos él mismo, no puede dudarse, conocida la veracidad del narrador, y el testimonio de otros sujetos no menos formales que aún viven y presenciaron el hecho.

«Corriendo tras de mí en la Pradera del Canal un amigo por ver si conseguia darme alcance, y yendo yo mirándole para reirme de su descabellada pretension, pues para mirar atrás me daba lugar la superioridad de mi velocidad respecto de la suya, vine á sentar, sin advertirlo, el pié izquierdo en la orilla derecha de la esclusa del primer molino; y teniendo ya levantado el derecho para despeñarme, una

(1) *Ojeada sobre la Jimnasia*, Madrid, Yenes, 1842. 12.º; pág. 11.

voz del perseguidor me hizo advertir el peligro. La circunstancia, como se ve, era terrible, la alternativa de vida ó muerte, la carrera imposible de detener, el salto extraordinario, y yo no preparado para darlo. Pero la gimnasia... me tendió benéfica su mano protectora, trasladándome con asombro de cuantos lo presenciaron á la otra orilla.»

LA DESTREZA EN ESPAÑA

EZA uno de aquellos que Fernán-Caballero llamó «Evangelios del pueblo» *más vale maña que fuerza;* por donde es obvio que la *habilidad, arte, primor ó propiedad con que se hace una cosa* (y esto es DESTREZA, según el código del lenguaje), tiene excepcional importancia en la vida, y bien merece dar á conocer ó recordar algunos hábiles, diestros, primorosos ó ágiles, que fueron admiración de propios y extraños.

Como otras veces, circunscribimos este nuestro trabajo á España, arrancando en la historia de tiempos relativamente modernos, si se comparan con aquellos en que el divino Apolo machucó con el disco

al mancebito Jacinto; Polimnestor, cabrerillo de Mileto, cogía liebres corriendo tras ellas; Hermógenes de Xante conquistaba por su ligereza el sobrenombre de *caballo,* con que se envanecía, y Filónidas, el andarín del gran Alejandro de Macedonia, recorría nueve leguas en un periquete.

Siquiera el correr sea *ligereza* y *agilidad veloz de los piés,* como lo define San Isidoro, creemos que tal ejercicio encaja más bien en un estudio sobre la fuerza ó los forzudos, trabajo que ya esbozamos en este libro.

Perdónennos, pues, Bielsa y Chistavín, con todos sus predecesores, si no damos aquí cabida al relato de sus hazañas.

Pero no han de quedar en el tintero aquellos modestísimos *héroes anónimos,* que diría Grilo, admirados por Guillermo Depping, en su curioso libro *Merveilles de la force et de l'adresse,* que se echaban al suelo de la diligencia en veloz carrera, fustigaban el brioso tiro y volvían á ganar el estribo del coche, entonando una alegre calesera.

No es posible hablar de agilidad, dote de los cuerpos gloriosos, sin recordar á nuestros *zagales* y *delanteros.*

El propio autor citado se hace también lenguas de los intrépidos muchachos que,

á caballo sobre el duro y sonoro bronce, vió mecerse en los espacios volteando las campanas de la Giralda de Sevilla.

No supone menos valor ni destreza el que derrochan en su oficio los intrépidos valencianos que recolectan la cosecha de dátiles en los bosques de palmeras de Elche y plegan las esbeltas palmas que, doradas luego por el sol, se cimbrean entre nubes de incienso el Domingo de Ramos bajo las grandiosas bóvedas de nuestras catedrales.

Y ya que hablamos de gente que marinea á grandes alturas, parécenos que viene aquí como anillo al dedo ocuparse en célebres funámbulos españoles.

Cuenta el cronista Antonio de Herrera (1) que «Alonso de Ojeda, criado del Duque de Medina Celi, hombre de pequeño cuerpo, pero bien proporcionado, y de buen rostro, de muchas fuerças y ligereza: ... estando la Reyna doña Isabel en la torre de la Yglesia mayor de Seuilla, se subió en el madero, que sale veinte pies fuera de la torre, y le midió con sus pies tan aprisa como si fuera por vna sala, y al cabo del madero sacó vn pie en bago,

(1) *Décadas*. Madrid. Imp. Real. 1601. T. I, pág. 54, c. 2.ª

y dando la vuelta con la misma prisa se boluió á la torre, que pareció ser imposible no caer y hacerse pedaços.»

Refiérese en la *Arqueología Británica,* que en ocasión de pasar Eduardo VI de Inglaterra, con motivo de su coronación, por la ciudad de Londres en 1549, hubo de detenerse frente al cementerio de San Pablo.

Como parte de los festejos consiguientes preparados en honor del nuevo Rey, se había tendido un grueso cable desde las alturas de la Catedral hasta el suelo, sujetándole por medio de un ancla de hierro. Cuando el Monarca llegó á la puerta llamada de *el deán,* un extranjero, aragonés de nacionalidad, descendió de bruces por la cuerda, como flecha disparada del arco, desde aquella inmensa altura hasta la tierra. Después se levantó, fué hacia Eduardo VI, le besó los piés, le dirigió algunas palabras, y, despidiéndose acto continuo, ganó de nuevo la maroma. Como á la mitad de su extensión, dió tres ó cuatro vueltas y otras tantas zapatetas en el aire, valiéndose de una cuerda que llevaba rodeada al cuerpo, la que ató al cable suspendiéndose por la pierna derecha por algún tiempo.

Deshizo, por último, los nudos, y des-

apareció en medio de los nutridos aplausos de los espectadores.

Teniendo presente la *Crónica de Holinshead,* no parece aventurado afirmar que este intrépido mozo fué quien repitió tan arriesgado ejercicio en el mismo Londres y en el siguiente reinado, aunque con menos fortuna, con motivo de las fiestas celebradas para recibir á Don Felipe II de España, esposo de la reina María de Inglaterra.

Otro español, natural de Oviedo, fué en París, por los años de 1882, el héroe del día, atravesando el Sena sobre una cuerda tirante, en menos de dos minutos.

Este notable equilibrista y grande acróbata, que se llamaba *Antonio Federico Arsens,* ó *Álvarez,* según algunos periódicos, vestía un *maillot* de plata, merced á cuyo traje se le divisaba á gran distancia.

Tan expuestos eran los ejercicios de nuestro compatriota y tanta la seguridad con que los efectuaba, que llegó á oscurecer la gloria de Blondín, obligando al prefecto de París á que desistiese de su pretensión de que se colocara una red bajo el cable (1).

---

(1) Carta de París. *El Liberal,* núm. 1159, 7 Sept. 1882.

Cuento de nunca acabar sería la lista de los innumerables y diestros ginetes mentados en nuestras historias en todo tiempo.

Uno de los ejercicios más aplaudidos del reinado de Sancho IV (1294) consistía en manejar un caballo por entre huevos colocados en tierra: en las *Cuentas* de aquel monarca figura una exigua partida para subvenir á los gastos de esta diversión; prueba de la destreza de los caballeros españoles del siglo XIII (1).

Por ser caso sumamente curioso, citaremos el que apunta Zapata en su *Miscelánea* referente á *Martín Cerón,* caballero sevillano.

«El es muy gentil ginete, va á la carrera en un caballo muy poderoso, y dada la vuelta para correr, con la mano derecha quítale... el freno y las cabeçadas y el caballo, como una volante cometa, pasa la carrera á toda furia, y ya al fin ásele con entrambas manos de la boca y á dos ó tres enviones, como si tuviera frenos, donde quiere le pára.»

No tan original quizá, pero no menos diestro, fué en el arte de la doma *Don Juan de Bracamonte,* citado ya como hombre hercúleo, pues montaba en pelo

(1) E. Baret. *Hist. de la litt. espagn.,* pág. 209.

y sin freno cualquier caballo cerril, y con un bastón en la mano, tendía en el suelo, en fuerza de carreras y palos, al caballo ya manso.

Juan de Vargas, en Medellín, sobre los pretiles de la puente del Guadiana, de tres piés de ancho, «metia desde fuera el caballo y corría á toda rienda, sin irle en ello nada, y al pasar, que por fuerça, haciendo piernas, no cabia en el pretil el caballo, le hacía dar dentro en la puente un salto, que á errar un punto, ahogado primero y pasado por agua, fuera á parar en tan manifiesto peligro al infierno» (1).

Lo propio se refiere ejecutaba un fraile del convento de Santa María de los Ángeles, famoso por el drama del gran Duque de Rivas, en el estrecho pretil de un puentecillo de lajas sobre el Bembezar.

En la natación hubo también entre nosotros, sujetos capaces de chafar al capitán Boiton.

Dígalo si no aquel *Don Alonso de Contreras,* hidalgo de Talavera, del que se cuenta que en las galeras de Malta, junto á la costa de Grecia, en calzas y en jubón, se echó á la mar tras un turco de rescate (que no debía ser rana), le persi-

(1) Zapata, l. c., pág. 119.

guió de cerca, zambulló muchas veces, luchando con él á vida ó muerte, y amenazándole por último con una daga, lo restituyó al barco.

Hoy mismo en las orillas del Jarama y en el fondo de sus profundas y cenagosas cuevas, cogen á mano truchas buceando los ribereños.

Todo el mundo admira la destreza de los chicuelos del muelle de San Sebastián, que pasan el día chapuzando para sacar del fondo del mar la pieza de cinco céntimos que se les arroja liada en un papel blanco.

No cumple á nuestro propósito establecer aquí comparaciones entre el juego escocés, que consiste en lanzar un pesadísimo martillo de hierro á gran distancia, y el de la barra en Aragón y otras comarcas españolas, pero sí puede afirmarse que en nada ceden los jugadores españoles á los escoceses, si no les aventajan en muchas ocasiones.

Por lo que hace á destreza de manos, no son pocos los ejemplos que pueden citarse.

Don Diego Ramírez, que vivió en la época de Carlos I, «quebraba con una mano en el pecho desnudo una espada, que á no cumplirlo alguna vez, no había

de volver atrás, sino metérsela hasta el cabo» (1).

López Osorio, en su *Historia de la noble villa de Medina del Campo* (2), refiere lo que sigue:

«Parecióme entrar bien en este lugar los particulares yngenios en materia de *agivilivus* de algunos hijos desta patria; y para que guste el lector, empezaré por uno que dió en tirar clavos con tanta destreza que admirava, porque haziendo una raya en una puerta, tiraba los clavos á ella y no faltaba uno que no diese en ella: traya clavos de muchas maneras: tirava á una vara de alguacil y la ynchia de clavos, y en una vira de un çapato calçado hincava los que queria. Vedavanle no fuese á los montes, porque no dejava conejo. Yo le ví estando un serrano maderero con su cavello largo arrimado á una puerta, al qual tiró seis clavos, que le clavó los cavellos con la puerta sin que los sintiese, y cuando se quiso ir y vió que le travavan de los cavellos y no supo quien, causó harta risa. Fué yngenio que no se a oydo decir otro semejante. Viven oy muchos

(1) Zapata, l. c., pág. 120.

(2) MS. orig. en 4.º de fines del siglo XVI y princ. del XVII. Bib. Acad. de la Hist.

que le conoçieron y era persona principal, hijo de uno de los Mercados nobles desta villa, que oy dia viven hartos parientes suyos.»

«Hubo otro tirador de arco, que en aquel tiempo se usaban mucho, tan diestro que jamas tiró á ningun ave, que no le azertase. Y en una pared blanca ví yo pintado un leon con los bodoques que tiraba, i eran colorados i le dejaba señalado con ellos; i desta manera se formaba. Hazia cuanto queria del arco: llamose *Bernabé Guerra:* fué maestro de niños.»

«El Licenciado *Damian de Herrera,* famoso Médico que por su persona y ciencia se puede poner en esta Historia, puede tomar el pulso á cualquier Príncipe, tiene para todo grande habilidad, y en particular *para cortar de tijera...* I lo que pasa de raya, que corta una monteria en el espacio de una uña del dedo gordo, en que hay hombres, arboles, perros y caza: que admira verlo.»

Micer Luys Pons de Ycart, en su *Libro de las grandezas y cosas memorables de la metropolitana, insigne y famosa ciudad de Tarragona* (1), nos suministra también

(1) Lérida, Pedro de Robles y Iuan de Villanueua, 1572, fol. 263. 8.º

noticias muy originales sobre la materia asunto de este trabajo:

«Tambien era de Tarragona, dice, aquel tan nombrado y famosíssimo *Dalmau,* en quien parecia que era toda la subtileza y desemboltura de manos que se pudiese imaginar: porque era tan diestro y habilíssimo, que en juegos de cartas, de dados y de otras mil cosas, hazía lo que queria con las manos, y vna cosa delante de quantos la mirauan mostraua que la hazia boluer en lo que le dezian y pedian. Los dineros parecian que se boluiessen carbones y los carbones dinero: vn juego de cartas parecia que todo se boluiesse reyes, cauallos o damas, segun lo que le pedian. Parecia hazer boluer en culebra, en paxaro o en qualquier otra cosa unas cosas que antes mostraua.»

Nada menos que Diodoro de Sicilia nos habla ya de la rara habilidad de los honderos baleares, cuyas madres, cuando niños, para adiestrarlos, les colocaban el pan en la punta de un palo y sólo podían comerlo cuando lo derribaban de allí á pedrada limpia.

No sería tampoco inoportuno tratar del derribo de reses bravas, utilísimo y gallardo ejercicio de que los famosos ginetes de *tierra baja* han dado tantos y luci-

dos espectáculos en las dehesas de Tablada, en Sevilla. *Sport* en el que tanto se han distinguido, entre otros muchos, el último Conde de Cantillana y los hermanos Miura, dueños de la renombrada ganadería de toros de plaza.

Á este propósito habría que hablar de la Camargue, en el Mediodía de Francia, en donde también se derriba, y por ende del precioso poema de Mistral que lleva por título «Mireya».

No tenemos espacio para tanto, y fuerza es concluir sin poder ocuparse tampoco en los tiradores famosos, como el contemporáneo Sr. Nin, los *pelotaris* éuscaros, que darían materia sobrada para un trabajo especial, los bailarines vascos y las garridas mozas de aquel país legendario que corren con cántaros de agua en la cabeza.

Lástima es también no dedicar párrafo aparte á *Santiago de Cárdenas,* apellidado en Lima Santiago Volador, quien dejó un originalísimo libro sobre el *Nuevo sistema de navegación por los aires* y fué tan diestro que «llegó á hacer de una pieza guantes, bonetes de clérigos y escarpines de vicuña» (1).

---

(1) Ricardo Palma. *Perú. Tradiciones.* Lima, Imp. de Cárlos Prince, 1883.—4.º may.

Mendiburu, en su *Diccionario histórico,* dedica un artículo á Don José Hurtado y Villafuerte, propietario en Arequipa, quien por los años de 1810 domesticó un condor, el cual se remontó hasta la cumbre del cerro más alto de Uchumayo, llevando encima un muchacho, y descendió después con el ginete.

¡Cree el domador que valiéndose de aquella ave en siete horas podría hacerse el viaje desde Arequipa á Cádiz!

Con lo que nosotros terminamos el nuestro á través de la destreza en España, haciendo constar que en esta tarea nos precedió Juan Botero al escribir su *Tratado de la agilidad de las fuerzas,* obra que tradujo Jaime Rebullosa.

DON JOSEF DAZA

Y SU ARTE DEL TOREO

SCASAS noticias nos quedan de este *insigne torero de á caballo* —autor del manuscrito que muy luego vamos á reseñar,—y aun éstas las debemos al propio Daza.

Fué natural y vecino de la «villa de Manzanilla, en el Reyno de Sevilla», según reza la portada de la obra, que lleva la fecha de 1778.

Como *cañas* y *toros* caminaron siempre juntos, y en cañas se bebe la manzanilla, y Manzanilla es famosa por sus exquisitos caldos y bien provistas bodegas, no es de extrañar que el pueblo (perteneciente hoy á la provincia de Huelva) diese al toreo

muchos cultivadores de uno y otro sexo, como luego se verá.

Ocupa entre ellos lugar muy preferente el Don Josef, y si su obra es casi desconocida, el autor mereció ser citado ya por Moratín, con encomio, en su *Carta histórica,* por Delgado (vulgo *Hillo)* en su *Tauromaquia,* y por algún otro escritor (1), que confiesa no haber podido dar con el manuscrito que tenemos á la vista.

Sin duda por la misma causa no aparece incluída la obra de Daza en la excelente *Bibliografía de la tauromaquia,* debida á Don Luís Carmena y Millán (2).

---

(1) Sanchez de Neira (J.) *El toreo.* Gran Diccionario tauromáquico.—Madrid, 1879.

(2) Madrid, 1883, y *Apéndice,* 1888.—4.º

Puede adicionarse este curioso trabajo con los siguientes:

Carta (Copia de) en que un amigo réfiere á otro con exactitud el hecho, con sus antecedentes y consecuentes, relativo á la muerte del memorable lidiador Joseph Delgado, renombrado Hillo, causada por el septimo toro de los corridos en la Plaza de Madrid la tarde del 11 de Mayo de 1801.—4.º 16 p. s. l. n. a. y un grab. que representa las diversas fases del accidente.

Castellanos (Basilio Sebastian). Historia de las fiestas reales de Toros que ha habido en Madrid antes y despues de ser Corte, y de los sitios y ceremonias conque se han verificado *(Museo de las familias,* t. V, pág. 198.)

Por la lectura de *El arte del toreo,* hasta ahora inédito, y cuyo extenso y enrevesado título abreviamos, se infiere claramente que la obra fué escrita ya en edad madura, como sazonado fruto de la mucha experiencia del autor en tales materias.

Semejante deducción aparece confirmada, por lo que se proclama en un cartel de toros impreso en 1774, del que daremos pormenores.

Si es difícil precisar las fechas del nacimiento y muerte de Don Josef de Daza, bien puede asegurarse que mostró siem-

---

Lucio Espinosa y Malo (D. Félix). Epistolas varias. Madrid, Francisco Sanz, M.DC.LXXV. 4.º Epístola VII (pág. 73). Descripcion de la fiesta de Toros de Madrid, careada con la antiguedad.

Payela (F.). Reseña de la corrida de toros verificada en la plaza de Sevilla el 19 de Mayo de 1876. Imp. y Lit. de M. Casao, Manteros 9. 4.º 2. h. s. l. n. a. Suscripta, «El Sonámbulo.»

—Estado de la corrida de toros verificada en Jerez de la Frontera el 24 de Junio de 1877. F. Alvarez y C.ª *impresores,* Tetuan, 24. 4.º 2. h. s. l. n. a. Suscripta, «Un Sevillano.»

Ximénez Cano (D. Manvel), vecino de esta corte. Cartilla en que se proponen algunas reglas de torear á pié, en verso, y prosa, con las circunstancias que deben concurrir en el aficionado. Su autor... Quien la dedica al Excmo. S. Don Pedro Perez Claros de Guzmán, Conde de Niebla etc. Con licencia en Madrid. 8.º

pre decidida afición por el arte de Montes, y que de casta le vino al galgo el ser rabilargo.

La madre de nuestro autor, hallándose embarazada del mismo, salió acosando en una yegua para acompañar á Don Bernabé Morales de Daza, tío del Don Josef.

También una sobrina suya, natural del dicho pueblo, llamada Rosalía Morales, toreó con la mantilla en medio de la calle á las reses que traían al encierro.

Si no bastasen á acreditar la bravura de Daza los diversos y estupendos lances de los que refiere haber salido airosamente, ó si alguien se atreviera á dudar de la certeza de tales relatos, contenidos en los capítulos 25 y 32 del tomo I, el ya mencionado cartel, que para la corrida del 17 de Octubre de 1774 dió impreso la Real Junta de Hospitales de Madrid, acreditaría el singular valor del torero, confirmando la verdad que encierran sus narraciones.

Decía aquel papel:

«Saldrá á quebrar rejones á dos toros, Francisco Martin de Arabaca, y á sus lados dos hábiles toreros que le servirán de chulos, al modo que lo executavan en su tiempo con universal aplauso los célebres Marchante, DAZA y Gamero, cuya pri-

morosa destreza procurarán imitar para complacer al público...»

En punto á inteligencia en la materia de que trata, es muy grande la que demuestra el autor en todo el curso del escrito, y con ella corren parejas la modestia en la expresión, la mesura en la crítica de personas y teorías, y la buena fe y honradez literaria que rebosan en toda la obra.

Hasta aquí las noticias relativas al autor del manuscrito: ahora hojeemos este voluminoso en folio, de buena y clara letra de la época, de varias manos, y dividido en dos tomos, dedicados «Á las mui Augustas Rs. Personas de los Serenísimos Sres. Príncipes de Astúrias, D. Cárlos Antonio y Doña Luisa de Borbon... Por mano del Excmo. Sr. D. Andrés Tellez Giron, duque de Uceda.»

Después de las dos consiguientes *Dedicatorias* á los Príncipes y Duque, y de un *Prólogo,* sigue una muy erudita *Carta preliminar,* en la que Daza asegura haber perdido dos de las cuatro partes de su obra, extravío del que pudo aprovecharse algun otro escritor.

«Y aun ya me lo imagino, no mui mal fundado—añade,—por lo que contiene una *Carta histórica sobre el origen y progreso de las Fiestas de Toros en España,*

dada al público en el año pasado de 1776; á la qual le hace una crítica é impugnacion áspera un cierto sugeto inteligente, colocado en empleo de autoridad en la Ciudad de Barcelona, donde imprimió dicha crítica.»

Á los eruditos que á ella consagran sus desvelos dejamos la empresa de dilucidar si Don Nicolás Fernández de Moratín se aprovechó del trabajo de Daza para redactar la mentada carta: nosotros nos inhibimos del conocimiento de este pleito, y únicamente hacemos constar que Don Nicolás conocía la obra de Don Josef, puesto que la cita en la referida epístola, atribuyendo la paternidad de aquélla, equivocadamente, á los Marchante, Gamero y Daza.

Contemporáneos los primeros del último, que les llama maestros, mucho le ayudaron con sus consejos en la redacción de la obra, pero ésta es trabajo exclusivo del Don Josef.

Bastante podría escribirse á propósito del original manuscrito, en el que, conforme á la costumbre de la época, se tratan por incidencia diversos asuntos más ó menos extraños al toreo, como son los «oportunos medios para extinguir Ladrones» y dar fin con la plaga de lobos que por en-

tonces asolaba los campos de España; pero nos limitaremos á espigar aquellas curiosas noticias aprovechables para la historia completa del toreo, ó para adicionar las obras de los que ya escribieron mucho y bueno á propósito de nuestra fiesta nacional.

No hay para qué decir que Daza se muestra entusiasta del arte, cuya invención atribuye, como Moratín, á los primeros pobladores de la Península, aunque arranca de tiempos muy anteriores.

El Paraíso, dice, estuvo en Andalucía; después del pecado el toro adquirió su ingénita bravura, y Adán tuvo que torear para uncirlo al arado ó engancharlo á la carreta. Julio César aprendió á torear en España, y así por el estilo.

Pero no se crea que Daza afirma todo esto infundadamente, nó; son por extremo curiosos sus argumentos, que revelan una ilustración nada vulgar y una fuerza silogística poco común á vueltas de cierta simpática y respetable candidez, propia de la época y la materia tratada.

Al hablar de la afición de los españoles por la lidia taurina, entre otros ejemplos, cita el de dos ciegos, uno madrileño y otro de Rota, que pagaban su asiento en la plaza de toros para que sus vecinos

de tendido fueran refiriéndoles las suertes. De un tal Bartolomé, también privado del dón de la vista, asegura que salió á torear en Sevilla, su patria.

Entre los santos toreros (!) cita á San Ataulfo, obispo segundo de Compostela, á San Pedro Regalado, vallisoletano, á San Francisco Solano, cordobés, y á San Pedro Alcántara, extremeño.

Navarro era el presbítero Babil que se echó á la plaza por salvar á un torero en peligro, y como fuese amonestado por su obispo, respondió que iba á prestar socorros espirituales al diestro.

El capítulo 16, «Noticia de varios famosos de todas esferas que han toreado y torean á caballo en las plazas y campos de España,» es sumamente original.

Cita en él á Don Juan Merchante (y no Marchante que dice Moratín), gran garrochista; á Don Juan de Santander y á Don Josef Fernández, «de quien decian las gentes cuando le veian entrar á caballo en las plazas: *Ya está Santiago en campaña*»; á Don Juan Hijón (también de Manzanilla), que á más de ochenta años derribaba en el campo reses bravas; á Don Pedro Osorno, que mató á garrochazos los más famosos toros; al Duque de Sesa, gran puntillero en el matadero de Madrid.

«En la nave del degüello, metido tras de un poste, al modo que los matarifes, iba por su mano quitando la vida á las reses bravas;» á Juan Martín Triana, mayoral mayor en los abastos de Madrid; á Don Fernando de Solís, marqués de Rianzuela, y su hijo Luís, ambos de Jerez de los Caballeros. De Don Pedro Bretendona cuenta que en la Plaza Mayor de Madrid, como al irse al toro éste céjase cuanto más lo perseguía, paróse el Don Pedro, dió el rejón á un chulo, sacó la tabaquera, tomó un polvo y luego, azuzando de firme al bicho, *lo volteó del rejonazo.*

Mienta así mismo á un marqués de Pozo Blanco, á quien costó la vida aquella suerte, y al conde de Lemus, de edad avanzada, que pidió merced al rey del hábito de Santiago para poder salir á rejonear como tal, ya que como grande de España le estaba vedado.

De los hermanos Portocarrero refiere que en la Plaza de Madrid, rejoneando en fiestas reales, «viendo que se detenia en salir el toro, uno se entró á echarlo fuera del toril, y su padre que estaba en un andamio, irritado, en alta voz le dijo á el otro: *Qué haces pícaro ¿no has visto á tu hermano?* Y sin acabar de proferirlo ambos juntos salieron de la jaula arrebu-

jados con el toro, que sacó quebrados los rejones.»

De un Don Jerónimo Olazo, natural de Peñafiel, cuenta también que disputando con otros caballeros sobre quién pondría primero el rejón, se metió en el toril y lo puso.

Hasta aquí la relación extractada de los *toreros de á caballo*. Veamos ahora la de «varios famosos españoles que han toreado de á pié» y «señoras y otras particulares mujeres españolas que han toreado con aplauso.»

Al frente de la lucidísima cuadrilla de «famosos españoles que han toreado de á pie», viene en el libro de Daza, Juan Rodríguez, de quien refiere que sujetó á un toro por las astas, mientras que el caballero rejoneador, á quien la fiera había derribado en la plaza de Sevilla, volvió á montar.

De Francisco el Romanero se deriva el arrogante proverbio: «*Á toro que no parte partirle.*»

Don Juan de Salazar, caballero cordobés, en una fiesta del matadero de Madrid, provocado por varios señores de la grandeza, se trabó con dos pañuelos, entró á saltos en el corral y rindió á un toro bravo haciéndole suertes.

Como en el capítulo extractado acerca de los toreros de á caballo, en este otro, agrupados por provincias, se relacionan todos los de á pié, célebres por entonces en España.

Modestísimo siempre nuestro autor, al punto de apellidarse hasta el final de la obra: «el discípulo de todos,» no se incluye en la extensa lista de notables peones que nos ofrece, y sólo de pasada y viniendo á cuento, refiere cómo la necesidad le obligó á torear desmontado, en varias ocasiones; por ejemplo en la Plaza Mayor de Madrid en fiestas por el casamiento de los reyes, donde logró burlar á un toro, que le cogió el caballo contra los tableros, sirviéndose en vez de capa ó muleta, del sombrero y peluquín, á la manera que lo había hecho en Cádiz Don Josef Fernández.

Entre aquellos diestros hace mención de Juan Miguel, sevillano, hombre de muchos arrestos, como lo probó en Sierra Morena, donde al ser acometido por unos bandoleros, en ocasión de custodiar una *conducta,* mató al capitán, á otro de la cuadrilla, y puso en precipitada fuga á los demás.

Como remate al asunto objeto de los capítulos 13 y 19, afirma el historiador

que el Marqués del Cerro, natural de Andújar, y otros señores de Córdoba, «congregábanse, y acuadrillados honraron muchas plazas á pié y á caballo.»

Ahora paso á las damas.

Nicolasa Escamilla (alias la *Pajotera)* salió á torear en Madrid y en su patria, Valdemoro, é íbase al bicho cantando, como dice Feijóo que acostumbraban á hacerlo los antiguos españoles al entrar en batalla.

Doña Antonia Bretendona, de Sevilla, dueña de ganadería, los picaba de vara larga con inaudita destreza.

Otra sevillana (cuyo nombre calla), «al despedirse del siglo, para enclaustrarse monja, se divirtió toda una tarde toreando becerros con el santo hábito.»

Las hijas del Conde de Rivadavia también toreaban en sus haciendas de Castilla la Vieja, y en 1749 «una granadina, gran gineta», salió en la plaza de Antequera á quebrar garrochones.

Doña Brianda Pavón, en la del Arenal de Jerez de la Frontera, rejoneando desde el estribo de su coche, «mató un toro muy guapo.»

Marina Martín, de Manzanilla, como la Rosalía Morales, ya citada, salía á pié á dos ó tres leguas del pueblo en busca de

los toros que traían para la plaza, y los toreaba en medio del campo.

¿Á quién aludirá Daza, al fin de este capítulo, al darnos la curiosísima noticia siguiente?

«Cierta Exma. Señora de la Córte, que corren parejas las celsitudes que la adornan con lo raro de su discrecion y hermosura, mandó soltasen en el jardin de su casa una furiosa ternera y executó y desahogó con ella su robusta aficion toreándola con singular gracia y destreza. Y baste decir el milagro aunque oculte el nombre del Santo; que á tan elevados respetos, aun los pensamientos ofenden. Pues si no fuera por suprimir á España este blason, ni disfrazado me atreveria á proferirlo.»

Particular interés ofrecen los capítulos 23, tomo I, dedicado á puntualizar caracteres generales de los caballos y toros de las distintas regiones de España; el 27 y 28, en que se describen las faenas de los herraderos de Andalucía «en donde se graduan los buenos picadores», y la más famosa de aquellas fiestas andaluzas, por la época del escrito, que era la celebrada anualmente en su *Coto de Doña Ana,* por Don Pedro de Alcántara Guzmán el Bueno, Duque de Medina Sidonia.

«El gasto de lo comestible era tan exorbitante que á veces no bastaban dos ó tres toros.»

Merece leerse así mismo el capítulo 31 del propio tomo, donde se trata de las riñas de los toros, de sus incursiones en el cercado ajeno, y se discurre con notable copia de ejemplos sobre el maravilloso instinto de aquellos animales.

«Particular advertencia y manías de dos famosos toros.» Así intitula Don Josef el capítulo 37.

Fué el primero un afamadísimo toro de la villa de Torrejón, que «sin duda se hubiese muerto de viejo, si los nueve toreros más celebrados que habia entonces en España no lo hubieran executado alevosamente á un tiempo sin dejarlo reparar.»

Javatillo llamábase el segundo toro «domado al arado y carreta en la labor de la Excma. señora Marquesa de Astorga, en su estado de Villamanrique en el reino de Sevilla.»

Con esta fiera lidió Daza á campo abierto y á punto estuvo de morir entre sus cuernos.

Si cuanto va reseñado y comprende, por decirlo así, la parte histórica y descriptiva de la obra, ofrece interesantes noticias, la que pudiéramos llamar precepti-

va y técnica no es menos apreciable y digna de estudio.

La muy erudita y filosófica defensa que se hace en el capítulo 3, primer tomo, de la necesidad y utilidad del toreo en España; la forma y fondo con que se responde á las objeciones sobre el perjuicio que á la labor de los campos y al abasto de carnes traen las corridas de toros; el estudio sobre el verdadero origen de tales perjuicios; los reparos puestos á varios escritos sobre el arte taurino; preceptos para la formación de las plazas y su gobierno; pertrechos y equipajes que han de prevenirse para la lidia «(las garrochas deben ser de fresno de Vizcaya, cuatro varas de largo, sin nudos, repelos ni astillas); la eleccion de toreros y picadores» (aquí asegura Daza que de los de su tiempo hubo alguno á quien le duró el caballo seis ú ocho corridas); y las invectivas que lanza nuestro autor contra «los pinchauvas, tumbones y demás canalla» que se arroja al circo para torear de afición; materias son todas que trata Don Josef con singular conocimiento de causa y sumo gracejo.

Algo escribe á propósito de la Jineta, que fué muy versado en el arte de la equitación, y aconseja al caballero que debe ir muy corto y arrugado de piernas, en la

misma figura que una mona sentada al borde de un ladrillo.

Por último, no deja de consagrar capítulo preferente á las etiquetas observadas en las plazas de toros.

Los constantes abonados á contrabarrera ignorarán tal vez que al autor de *El arte del toreo,* al insigne garrochista Don Josef Daza, debióse, según el mismo asegura, la invención de la maroma ó cable que sustituye á la antigua valla de madera, que solían saltar los toros entrándose en el tendido y ocasionando muchas desgracias.

LOS BUFONES EN ESPAÑA

BUFFÓN está en lo cierto cuando afirma que la risa es uno de los signos característicos de la especie humana.

También es condición de nuestra flaca naturaleza holgarnos, ridiculizando al prójimo, ó reirnos á mandíbula batiente del prójimo puesto en berlina.

Por otra parte, aquellos con quienes la naturaleza se mostró avara, como son casi todos los lisiados de nacimiento, y muy particularmente los gibosos (gente por lo regular de mucho despejo y no menos malicia), parece que se proponen desquitarse con el resto de la humanidad de la falta ó sobra con que vinieron al mundo,

y hacerla responsable de la cojera ó joroba, descubriendo á cada cual su flaco para herirle á mansalva.

No hay que olvidarse tampoco de la corta distancia que media entre lo sublime y lo ridículo; de los exiguos límites que separan al loco del genio y de la consideración que los dementes alcanzaban en la antigüedad, como seres de raro entendimiento, quizá porque «los niños y los locos dicen las verdades.»

Por último, hombres hubo siempre, y hoy no faltan, que, sin ser jorobados, ni cobrar pensión por ello, sientan plaza desde pequeñitos en el ejército de los que, en *este valle de lágrimas,* viven de gorja y gorra, sacando á pública vergüenza vidas ajenas.

Países hay, como Andalucía, en donde se vinculó la gracia; escritores que se rien de sus propias desdichas é infelices que se mantienen, como el *clown* de un célebre cuento inglés, divirtiendo al público, mientras ellos son víctimas de la más negra melancolía.

Por todo lo cual, no es mucho que los bufones jugasen importantes papeles en la historia, ni ha de parecer tampoco extraño que á tales personajes de la comedia humana se dediquen estas líneas.

Poco importa que fuese ó no Esopo el primer bufón de quien se tiene cabal noticia; que los hubiera en la India y los mienten las más antiguas tradiciones; que del Asia pasara esta costumbre á Egipto, en donde llegaron á divinizar al bufón, como parece confirmado por la existencia en el Museo del Louvre del dios *Bes* ó *Bas;* que de Oriente vinieran tales individuos á Grecia y Roma, y que Antonio, Tiberio, Constantino y el mismo Atila mantuvieran enanos más ó menos chistosos.

Ni hemos de desmentir tampoco á quien nos habla de un célebre *Marcolfo,* bufón del autor del *Cantar de los cantares.*

Recordaremos, sí, que en el Bajo Imperio tuvieron los bufones tal importancia y *salida,* que por varios procedimientos, de que nos hablan el doctor Martín y Longín, se *fabricaban* enanos, así como hoy se *preparan jockeys,* y que en la India hasta pelaron grandes monos para hacerlos pasar por aquellos desdichados.

Italia, en el Renacimiento, copió del Bajo Imperio semejante industria, perfeccionándola con la invención de maravillosos ungüentos que favorecían el raquitismo y deformidad.

Familias y pueblos gozaron en la Edad

Media del privilegio de abastecer de bufones á la corte de Francia, y, á más de los reyes, los particulares, las villas, las corporaciones, los conventos y los Papas, como León X, tuvieron bufón que, con sus chistes, así como el juglar *(ó jocular)* con sus canciones, alegraban la monótona existencia de nuestros antepasados, disipando en muchas circunstancias la lobreguez del castillo feudal.

Concretando ya nuestro estudio á España conviene hacer constar que el bufón desciende del juglar, ya asalariado, «adorno necesario y constante de los palacios de los reyes y señores principales» (1), apellidado *Paleas* ó *Pajas* (2), y más tarde *truhán, albardán, decidor, hombre de placer, loco* y *regocijador.*

Define el *Diccionario de Autoridades:*

BUFÓN.—«El truhan, juglar ó gracioso, que con sus palabras, acciones y chocarrerías, tiene por oficio el hacer reir: y se llama así, porque entre otras muchas indecencias y molestias que sufre esta baxísima suerte de gente, es una el henchir la boca de viento y recibir en los carri-

---

(1) Pidal.—Prólogo al *Cancionero de Baena.*

(2) Floranes.—Notas mss. sobre el *Orígen de nuestra poesía vulgar castellana.*

llos hinchados, á mano abierta, un golpe que les hace arrojar el viento, el qual al salir forma un sonido como de bufido.»

Menaje, Saumaise, Voltaire y Gazeau se conforman con tal etimología, no concediendo gran autoridad á la que Furetière apunta, derivando el nombre del de un sacrificador dicho *Bufo,* quien, después de haber inmolado un buey sobre el altar de Júpiter, dijo vuelvo, y todavía se hace esperar.

Garnier y Gazeau (cuyos libros sobre enanos, gigantes y bufones se tradujeron al español) (1) con el desconocimiento que los extranjeros suelen tener de nuestras cosas, sólo nos hablan de *Montagne, enano de la Reina de España,* que asistió con el de Carlos IX de Francia á un torneo dado por este Rey en 1563. De otro enano de Carlos V, que en idénticas fiestas en Bruselas alcanzó el segundo premio. De *Paep Theim, loco belga* del mismo Emperador, desterrado por éste. *Del bufón de Felipe II* (cuyo nombre no citan y que fué burlado, al decir de aquellos autores,

---

(1) Garnier (Eduardo). — *Enanos y Gigantes.* Versión española por Cecilio Navarro. Ilust. del autor. 8.º

Gazeau (A.) *Los Bufones.* Vers. esp. por Cecilio Navarro. Ilust. de P. Celier. 8.º

por *Brusquet,* truhán al servicio de Francisco I) y de *Luisillo,* bufón de Carlos II.

Para aquellos publicistas no han existido, entre otros muchos que hemos de citar, el célebre Don Francesillo de Zúñiga, que ocupa lugar preferente entre nuestros escritores picarescos, ni la mayor parte de los enanos y truhanes inmortalizados por los pinceles de Velázquez, Carreño y otros pintores españoles.

La corte aragonesa, tan rica y fastuosa, por sus contínuas relaciones con Italia, debió tomar de este país la costumbre de mantener bufones.

Por los años 1122 vivía en Tudela y y tenía allí casas y hacienda un *Poncio* gracioso ó jocular del rey Don Alfonso el Batallador, que servía á divertirle con sus gracias (1).

Bufón de Don Martín y Alfonso V parece haber sido *Mossen Borra,* natural de Casadei, ducado de Alvernia en Francia, singular personaje, que representó importante papel en las cortes de aquellos monarcas: murió en el castillo de Capuana, Nápoles, en 16 de Julio de 1446, y yace en el claustro de la Catedral de Barcelona, representado en estatuíta de bronce

(1) Floranes, l. c.

ceñidas las ropas con cinturón adornado de cascabeles. En el epitafio se le apellida *Miles gloriosus* (1).

Al pié del privilegio de confirmación del *Fuero de los Francos* dado por el Emperador Don Alonso VII de Castilla en Burgos á 8 de las calendas de Mayo, se lee: «*Pallea Juglar confirmat.*» Era 1174 (año 1136) (2).

El Santo rey Don Fernando mantuvo cerca de sí, aun en los últimos días después de la conquista de Sevilla, otro juglar llamado *Paja* (3).

---

(1) Col. diplom. de *Mossen Borra,* por Don Jaime Ripoll y Villamajor. (Memorias de la Acad. de Buen. Let. de Barcelona, 1868, t. II.)

(2) *Paleografía Española* [por el P. And. Mar. Burriel]. Madrid, Joachin Ibarra, 1758. 4.°, pág. 300.

(3) El consejo del truhán Paja

«Despues que el Rey don Hernando ganó a Sevilla, queriase ir a Castilla, i dexar en la Ciudad cierta gente de guarda, que le parecia que bastava: i en su Corte andava un truhan Cuerdo, con quien el holgava: i passando el truhan por la torre de la Iglesia Mayor, pareciole bien, i subio arriba de adonde se parece toda la Ciudad, i viola: i vido que aunque toda la mas de la gente del Rey estava dentro, no parecia estar el tercio ocupado; i demas avia oido, que muchos mormuravan de la soledad que quedava; porque estando el Rey con todo su poder allí, que haria quando se fuesse: porque todos los mas de los Moros que avian salido de la Ciudad, estavan en el

Cítanse á *Dominguillo,* truhán de Don Alfonso VIII el de las Navas, y á *García*

Axarafe, i que no sería el Rey tornado a Castilla, quando los Moros avrian tornado a tomar la Ciudad. I como Dios hazia las cosas deste Santo Rey, puso en coraçon al truhan que hiciesse lo que hizo. El Rey aun no avia subido a la Torre, i el truhan suplicó al Rey, que quisiesse, que el i sus Ricos hombres ser sus combidados encima de la torre; el qual se lo otorgó: Otro dia levantose de mañana el truhan, i andava muy diligente, dando a entender, que andava adereçando la comida; i a ora de Tercia llamó al Rey, i a sus Ricos hombres, i despues que todos estuvieron en lo alto de la torre, el Rey miró la Ciudad, i despues de vista, dixo: Bendito sea Dios, que nos dexó ganar tan noble Ciudad. i anduvo amostrando a cada uno su pendon, i tambien mostró los de los Consejos, porque a donde possava cada vno, tenía su pendon: i los Ricos hombres dixeron, que bien lo vian todo, i quan ancho tenian su aposento. Dixo el truhan al Rey: veslo Señor, tambien como lo dizes: dixo el Rey; si loado Dios. Dixo el truhan: Pues mejor te lo mostrare yo, i tornole a mostrar los pendones, contando a cada uno de quien era: i dixo que aquella era la flor de sus Reynos; i que aun con aquello estava la Ciudad tan vazia; i estando el presente; que haria despues que estuviesse en Castilla con la gente que quedasse. Cata Señor, que si vna vez sales de ella no podras tornar a ser Señor de ella, sino con gran trabajo. Lo que te queda de vivir, a do lo puedes estar, q. sirvas mas a Dios, que aqui: Ni mas honrado, ni tan abundoso de todas las cosas. Dixo el Rey, siempre oí dezir, e agora creo que es verdad, que de los locos salen a las vezes buenos consejos. i si yo no te creyere, Dios no me vala: al qual prometo que en toda mi vida salga de aqui; i

Yáñez, enano del rey Sancho IV el Bravo (1).

Tuvo Don Juan II de Castilla en su corte á *Paxarón,* que asistía á comidas y audiencias, amenizándolas con agudezas y chistes, si hemos de dar entero crédito á las epístolas del Bachiller de Cibdá-Real (2).

Á partir ya de la incorporación de las coronas de Aragón y Castilla, en el reinado de los Reyes Católicos, las noticias sobre bufones son mucho más precisas, y

---

aqui sea mi sepultura. i assi lo fue i nunca salio della, i a aquella causa la Ciudad se pobló bien, i de muy noble gente; i de alli sostuvo todo lo que gano. I aunque algun lugar se le alçava, de alli embiava a remediallo; mas no salia fuera de la Ciudad.» *(Memorias de S. Fernando,* por el P. Juan de Pineda, fol. 139-140.)

Á este propósito dice Floranes, ya citado: «De donde vengo á entender que en aquellos siglos era comun llamar *Paleas* ó *Pajas* á todos los mímicos ó graciosos, que con sus ficciones y dichos salados y festivos servian al entretenimiento de los palacios; truhanes por otro nombre, y *trufas* sus chocarrerías. Y de ahí nuestros antiguos alternativamente *trufa* ó *mentira paladina.*»

(1) *Quijote.* Madrid, 1833, t. V, pág. 130. Notas de Clemencín. *Hist. de la littér. Espagn.* de E. Barèt. París, 1873, pág. 209.

(2) *Centón epistolario* del Bachiller Fernan Gomez de cibdad Real... Por Juan de Rei. Burgos. MC DXCIX. 4.°, l. g., págs. 15, 43 y 70.

confirmadas amenudo, según hemos indicado, por verdaderas joyas artísticas como son los retratos de tales personajes.

Del austero Don Fernando V fué *albardán Alegre* (1).

Á más de *Paep Tehim,* figuró en la corte de Carlos V el ya citado agudo decidor *Don Francesillo de Zúñiga* ó *Don Francés de Navarra,* como le llama Mayáns, no sabiéndose á ciencia cierta si el tal sirvió antes al Duque de Béjar, á quien dice amo en una carta dirigida al Almirante de Castilla. De la patria y nacimiento de Don Francés, avecindado en Béjar, nada puede afirmarse de cierto, pero sí que sirvió al Emperador desde el momento en que aquél vino de Flandes á tomar posesión de sus estados.

Muchos y agudísimos dichos se conservan de este bufón, que retrataba al gran cardenal Ximénez de Cisneros en pocas palabras: «Parecia, dice, galga envuelta en manta de jerga.»

Como fuese llamado por la Emperatriz en ausencia de Carlos V, se atrevió á decirle: «Cuando mis amigos no están en

---

(1) *Cancionero general* copilado por Fernando del Castillo. Valencia, por Xpofal Kofman. Mil y quinientos y onze. Fol. l. g. p. ccxxxiiii.

sus casas, no oso ver á sus mujeres.»

«Viendo á un caballero muy chico armado se llegó á él y le dijo: Beso las manos mil veces al cascabel plateado» (1).

Las pullas sangrientas de Zúñiga le acarrearon muchos y poderosos enemigos.

Herido mortalmente, fué llevado á su casa con gran acompañamiento de amigos y curiosos, y como su mujer se asomara á los corredores, asustada por el estruendo que metía aquella gente, para inquirir el suceso; el bufón, no desmintiendo su oficio en tan críticas circunstancias, exclamó con sorna: «Señora, esto no es nada, nada absolutamente, sino que han muerto á vuestro marido.»

Perico de Ayala, truhán del Marqués de Villena, se acercó á la cama de Don Francés cuando agonizaba, y condolido de su estado, le dijo:

«Hermano, ruégote por la grande amistad que siempre hemos tenido, que cuando estés en el cielo, lo cual yo creo que será así, ruegues á Dios que haya merced de mi alma.»

Don Francés respondió con su donaire de siempre:

---

(1) Zapata. — *Miscelánea.* Mem. hist., t. XI, pág. 371.

«Atame un hilo á este dedo meñique para que no se me olvide»... y no habló más.

Á tan famoso *decidor del César* se debe una muy curiosa *Crónica burlesca* que compuso de su Príncipe, ya estudiada por el erudito Fernando Wolf, y que ha sido impresa por Rivadeneyra en el tomo 36 de la *Biblioteca de Autores españoles* (1).

«Finalmente no olvidemos, dice Cabrera, que el famoso *Velasquillo,* truhan del Emperador Carlos 5.º, de quien hay tanta memoria, fué hijo de Antequera: famoso en su facultad de entretener, que pide mucho tino y discrecion, principalmente en una corte, á presencia del rey» (2).

En la corte del austero rey Don Felipe II, transigiendo con las costumbres de la época, abundaron los bufones.

Ha llegado hasta nosotros un curiosísimo inventario de los bienes de aquel Monarca, que arroja mucha luz sobre la ma-

---

(1) üb. d. Hofnarren Kaiser Carl's V. El Conde don Francés de Zúñiga, u. s. Chronik. 1850.

También hay «gracias envueltas con algunas cosas de veras» del *sabio truhan* Francesillo en el rarísimo libro de Gaspar de Tejeda, *Memorial de criança y vanquete virtuoso para criar hijos de grandes, y otras cosas.* Çaragoça, 1548, Pedro Bernuz. 4.º, frontis, l. g.

(2) *Historia* Ms. de Antequera por P. Sanchez Sobrino.

teria, proporcionándonos al par datos para la historia de la indumentaria en España.

De aquel documento original tomamos las noticias que siguen:

—«Un Retrato en tabla, de Pincel al ollio, de *estebanillo* tudesco con un bonetillo forrado en marta; q. tiene media bara escasa en quadro, con molduras... tassado en doze reales.»

¿Fué este Estebanillo enano, ó debió á su oficio de bufón, y nó á la pequeñez del individuo, el diminutivo...? No podemos asegurarlo por falta de datos.

—«Otro Retrato de medio Cuerpo al ollio, sobre lienço, de *magdalena Ruiz* (1), loca de la princessa dona juª con un abano en la mano y calabaça y guantes en la otra...»

Según Don Pedro de Madrazo—*Catálogo descriptivo é histórico del Museo del Prado de Madrid,* 1872,—puede presumirse que este cuadro sea el mismo que, presentando caracteres de haber sido cor-

(1) En el archivo de la *Casa de Alba* se conserva una chistosa carta, con la firma autógrafa de esta loca, dirigida al gran duque Don Fernando. Ha sido publicada en el precioso libro de *Documentos escogidos...* por la Duquesa de Berwick y de Alba, Condesa de Siruela. Madrid, 1891, págs. 85-86.

tado, se guarda hoy en aquel establecimiento nacional con el número 770.

En el *retrato* de la infanta *Doña Isabel Clara Eugenia* (núm. 769) figura también Magdalena Ruiz.

Ambas obras son del pintor Liaño.

—«Otro Retrato en tabla de Pincel, de *Luis Lopez,* loco, que tiene de alto...»

—«Otro Retrato entero de *Xpoual cornelio enano* q. fué del Príncipe Don Carlos nros.r al olio sobre lienço Vestido de colorado...»

—«Un retrato de pinzel al olio en lienzo, con lejos y un arbol gde (grande) y al pie del sdo (sentado) *Morata* loco que fué del Rey nro. s.r con vnos antojos y vn libro en las manos...»

—«Otro Retrato entero, al ollio, sobre lienço, de *pejeron,* loco del Conde de Benavente, con calças y jubon blanco y una baraja de naypes en la mano derecha...» (1).

—«Otro Retrato de medio cuerpo, de Pincel al ollio, sobre lienço, de *Catalina la Portuguesa;* con unas sonaxas en la mano yzquierda...»

---

(1) V. pág. 22, *nota,* de este libro. En 1483 *Aldonsa Puerro,* truhana de otro conde de Benavente, recibia merced de «mil e quinientos e cinquenta mrs.» (Archivo de Alba, leg. 128.)

Es muy posible que la *Portuguesa* sea la *Doña Catalina Estefanía* que figura en un documento custodiado en el Archivo de Palacio (1) y reza lo que sigue:

«En dho dia (hace sin duda referencia al 1.º de septiembre de 1594 de que se viene hablando) mandó su Exª que la fee de antonio cordero del bestido y otras cosas que la princesa doña Juana solía dar a doña catalin.ª estefanía su dama enana, se diese a si mismo al dho xpoual de Oviedo...»

—«Otro Retrato de pinzel al olio de mIn (sic)—debe ser Martín—*de aguas* loco que fue del Rey nro Sr que esta en gloria, con gaban y montera azul y un papel en la mano izquierda y la drª puesta sobre el ombro de franca de la Cruz y en lo más alto de este lado otro retrato de Don pablo negro y á la mano izquierda otros dos retratos, del cuello arriba, vno de arandita (diminutivo de Aranda?) y el otro de ysauelilla...»

Miguel de Antona aparece retratado por Jordán, al lado del monarca fundador del Escorial, en el hermoso fresco de la gran escalera.

Argote de Molina en su *Discvrso sobre*

---

(1) Felipe II. Casa. Leg. 1, núm. 1.

el Libro de la Montería (1), tratando de la caza de lobos y zorras, dice:

«Deste genero de animales fue gran Montero *Stanislao* enano de su Magestad de nacion Polaco que murio a tres años cuya pequeña dispusicion de cabeça y miembros iguales a su estatura obligaua a ser juzgado de los que lo vian por muchacho de pocos años mas quien le trataua y consideraua su virtud y prudencia facilmente juzgaua en el los años que encubria y assi conoscidas en el estas partes le hazia su Magestad mucha merced. viamos en Madrid la portada de su casa adornada de cabeças destos animales que mataua con Arcabuz de que era destríssimo andando encubierto por la pequeña estatura suya entre las matas vestido del color del Monte.»

De creer es que estos locos y enanos, dado el humor de Don Felipe II, no gozaran en su corte del ascendiente y confianza que alcanzó don Francesillo en el reinado anterior, y lograron los bufones de Felipe IV, siendo adorno de la real corte y nada más.

Así y todo no debían pasarlo muy mal aquellos truhanes, si se tiene presente que

(1) Sevilla. Andrea Pescioni, 1582, fol. 10.

el que llevó á París Don Felipe, y fué burlado por *Brusquet,* viajaba con cuatro caballos de su propiedad; que en reventárselos consistió precisamente la burla del albardán de Francisco I.

Los enanos *Soplillo* y *Bonamí* con el truhán *Alcocer,* figuraron bastante en la corte de Felipe III.

Vino el primero á España desde Bruselas con Alberto Struzi en aquella célebre expedición, compuesta de cuatro carros y veinte caballos, que trajeron toda la maquinaria de un ejército de figuras de movimiento, mandado hacer por Felipe III para que el príncipe su hijo (más tarde Felipe IV) aprendiese cómo se formaban y marchaban los soldados en campaña.

Consta en documentos fehacientes que Struzi llevaba todos los días á Soplillo en coche á Palacio, en donde se holgaban los Reyes mucho con el enano.

Bonamí (enviado desde Flandes por la Infanta con Don Esteuan de los Reyes) mereció que Góngora le dedicara el siguiente epitafio:

AL SEPULCRO DE SIMÓN BONAMÍ
ENANO

Yace el gran Bonamí, á quien
Será esta piedra no leve,
Que ocupára por lo breve

Una sortija más bien;
De Atropos aun no el desdén
En tierra lo postró ajena,
Que un gusano tan sin pena
Se lo tragó, que al enano
Le sobró más del gusano
Que á Jonás de la ballena.

No fué ésta la sola poesía que dedicó Don Luís al bufón; también escribió otras décimas á propósito de un rejón que dió á un toro el mismo personaje, citado en *La Dorotea* por Lope de Vega.

Cuenta el P. Eusebio Nieremberg en su *Curiosa Filosofía* que «Para los que no le vieron [al enanillo] se exagera su pequeñez y delicadez con lo que le pasó á un caballero de esta corte, que en un tapiz le dejó colgado con un alfiler, que aunque no fuese mas que de á blanca es arto encarecimiento. El caso pasó así y sucedió en palacio.»

El Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, que al publicar su libro *El Passagero* (1) ya dá por muerto á Simón, le llama «pensamiento visible, burla del sexo viríl, melindrillo de naturaleza, ínclito posseedor de quantos títulos atributos y epitetos se pueden aplicar á la más vnica pequeñez.»

---

(1) Madrid, Luis Sanchez, 1617. *Alivio 2.º*—8.º

De Alcocer, víctima en Lerma de una sangrienta burla que, *con sabiduría de los Reyes,*—como dice la relación de donde tomamos estos datos—le jugaron los Príncipes de Saboya, se sabe que figuró en muchas fiestas cortesanas, como por ejemplo en la *máscara ó sarao* celebrado en la Ventosilla la noche de San Juan, donde le cupo la honra de representar la persona de la Reina (1).

---

(1) «De Valladolid á 6 de Agosto de 1605.—Entre otras cosas que se han escrito de entretenimiento que han tenido sus Magestades en Lerma, ha sido una burla que se hizo á *Alcocer* el truhan, por los principes de Saboya; los cuales con sabiduría de los Reyes, fueron del lugar donde estaban alojados á media legua de Lerma, con veinte y cinco ó treinta criados una noche con arcabuces y cercaron la posada de *Alcocer,* disparando diferentes tiros, y echaron las puertas en tierra y subieron con grande estruendo donde estaba acostado; y diciendole muchas injurias sin que conociese á ninguno, le sacaron de la cama y desnudo le envolvieron en una manta y le ataron, amenazándole que por sus vellaquerias le llevaban á castigar; el cual cobró tanto miedo que comenzó á dar voces pidiendo confesión, diciendo que estaba en pecado mortal y de esta manera sobre una acémila lo llevaron por las calles de Lerma y le sacaron de la villa á la posada de los Principes donde le pusieron con grillos en cierto aposento, y enviaron el otro dia á decir á la Reina si les quería rescatar un prisionero; la cual respondió que sí: y se lo enviaron de aquella manera y dió por él una cadena de oro de 150 escudos, y los Principes se la daban *al Alcocer,*

De esta época es también *Doña María Pope,* enana de cámara y que cobraba por sus gajes al año 15.000 maravedises.

Don Juan de Cárdenas, después de haber servido al Duque de Frías, como consta de documentos de la Biblioteca de este magnate, figuró en la casa de Felipe IV, que admirado de la destreza del truhán, en una fiesta de toros que lanceó, lo tomó para sí (1).

---

y no la quiso por entonces, diciendo que quedaba afrentado y no podia parar entre gentes, sino irse á vivir á un desierto, y estuvo algunos dias muy malo de la burla.»

—«Los Reyes se partieron de aquí [Valladolid] á los 21 del pasado [Junio.] para la Ventosilla, donde estuvieron el día de San Juan; y aquella noche en el campo, á la luna debajo de cierta enramada, para holgarse quisieron ver la fiesta de la máscara y Sarao que se había hecho en el Salón de Palacio disfrazada á lo pícaro, componiendola los que acá la habian hecho vistiendose los caballeros de hábito de mujeres y otros de galanes, y las personas de los Reyes representaron el Conde de Gelves la del Rey y *Alcocerico* el truhan la de la Reina: lo cual dió mucho gusto á los Reyes, porque juntamente un cochero representó la del Cardenal de Toledo, y otro criado de casa la del Duque de Lerma, y otro que es un capon llamado Sevillano, hombre dispuesto, la del Almirante de Inglaterra, con que se entretuvieron gran parte de la noche.» (Luis Cabrera de Córdoba. *Relaciones*... desde 1599 hasta 1614. Madrid, J. Martin Alegría. 1857. 4.º may., págs. 257 y 253.)

(1) «El Sábado, como á las ocho de la maña-

Cárdenas fué retratado por Velázquez, así como otro bufón llamado *Calabacilla.*

Conocidísimos son los retratos de la enana *Mari Bárbola* y del esbelto enanillo *Nicolasito Pertusato* en el cuadro de *Las Meninas.*

El de *Pablillos de Valladolid,* también de Velázquez, figura con el número 1092 del Catálogo antes citado.

Con el 1093 el de *Pernia,* designado vulgarmente como retrato de *Barbarroja.*

Llamóse este bufón *Cristóval de Castañeda y Pernia,* según consta de la orden dirigida al Duque de Alba, en Madrid á 24 de Mayo de 1633, y rubricada por Felipe IV, mandando recibirle á su servicio

---

na, dió á entender su Magestad, que gustaría ver lidiar unos toros en el patio de las dichas casas; i en menos de ora i media se hizo el toril, i se encerraron doce muy valientes: los nueue dellos se lidiaron, hizieron muy buenas suertes sin desgracia. Toreó â cavallo *Dn Juan de Cardenas,* vn truhan del Duque, de excelente vmor, con tanta destreza, i bizarria que al toro mas furioso dió vna mui buena lanzada: entreteniendo de tal manera â su Magestad en esta ocasion, i en todas las demas, que se le lleuó consigo â Madrid... En esto [oir una loa] en la Comedia, y en oir â *Cogollos,* hombre de buen humor e ingenio, que entretiene al Duque, i con *Juan de Cardenas* (risa del otro mundo) pasó [el rey Felipe IV] el resto de la noche.» (Pedro de Espinosa. M.S. Bibl. Duque de Frías. A. 2.ª 76.)

y darle lo que se acostumbra á los de su profesion... (1).

Francisco de Ocariz (á cuya viuda se acreditó *una racion hordinaria para su sustento* por orden del Monarca (2), fué contemporáneo del anterior, según se deduce de lo siguiente:

«A *Francisco de Ocariz y Ochoa,* el loco, es mi voluntad que se le dé la misma racion que he mandado señalar á *D. Xpoval de Pernia,* hombre de placer...» (3).

Diego de Martos también aparece mantenido en 1640 por la Real Casa, según consta de varios y curiosos documentos que hemos registrado.

Sebastián Morra fué otro enano de este reinado, venido de Flandes.

Felipe IV decreta:

«A *Sebastian Morra*... he hecho mrd. de dos raciones...» (4).

Con el núm. 1096 de su Catálogo anota Don Pedro de Madrazo el retrato de este individuo, si bien duda de la identidad del sujeto por lo excesivamente abreviado de las descripciones de los inventarios.

---

(1) *Arch. de Palacio.* Felipe IV. Casa, leg. 80.
(2) *Arch.* citado, leg. 75.
(3) Leg. 80.
(4) Leg. 80.

Figuran asimismo con los núms. 1094, 1095, 1097, 1098 y 1099, los retratos del *Truhan ú hombre de placer,* á quien llamaban *Don Juan de Austria;* el de un enano llamado *El Primo;* el de otro conocido por *Don Antonio, el inglés;* el de *El Niño de Vallecas* (1), y el de *El Bobo de Coria,* de mano del gran Velázquez.

Á más de éstos, ateniéndonos siempre á datos fehacientes, podemos citar entre los *locos* que divirtieron á Felipe IV y su corte, á *Manuel Renelo, Pablo Cotino, Bartolo, el enano Rollizo, Don Juanillo, Antonio Banules, Don Lorenzo, Francisco de Sercano, Manuel de Gante, Diego de Acedo, Pedro Franco* y *Velasquillo,* cuya jaca quedó en proverbio (2).

Tuvo también bufones el último monarca de la casa de Austria (3).

---

(1) El dibujo original de Goya para grabar este retrato al agua fuerte existe en el Museo del Instituto de Jovellanos en Gijón.

(2) «Cuando *Velasquillo,* fué enviado con dos flascos á traer vino, jugándose con ellos, los cutió y rompió el uno: Venido que fué á casa le preguntaron como hauía roto el flasco, y él cutiendo el flasco solo que traía con la pared, dijo: «Señor desta manera fué roto el otro.» (Ambrosio de Salazar. *Espejo general de Gramática.* Rouen Chez Adrien Monont, 1615. 8.º, pág. 422.)

(3) «Le Roi a un petit nain *Flamand* [¿Manue-

De la enana *monstruosamente gorda,* cuyo retrato se registra con el núm. 691 del repetido Catálogo, se lee en la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España,* t. LV, pág. 440:

«Dos retratos de la *Mostrua,* el uno vestido y el otro desnudo...

»El *vestido* se encuentra hoy con el número 124 en el Real Museo del Prado. El *desnudo* forma parte de la escogida coleccion del Infante D. Sebastian. Llamábase esta niña giganta Eugenia Martinez Vallejo; era natural de Bárcenas, y á los seis años (de cuya edad está retratada) pesaba cinco arrobas y veintiuna libras. A lo menos así lo asegura la rarísima *Relacion* impresa en Sevilla por Juan Cabezas, en dos hojas en fólio, donde se refieren pormenores (algunos no muy limpios) de aquel corpulento fenómeno. Allí se lee que Cárlos II, Rey nuestro Señor, la ha hecho vestir decentemente al uso de Palacio con rico vestido de brocado encarnado y blanco con botonadura de plata. Y ha mandado al segundo Apeles de

---

lillo de Gante?] qui entend et qui parle très-bien François. Il n'aidoit pas peu à la conversation.»

«Il y a *deux nains* qui soutiennent toujours la conversation.» *(Lettres de Madame de Villars,* fols. 25 y 60.)

nuestra España, al insigne Juan Carreño, su pintor y ayuda de cámara, que la retrate de dos maneras, una desnuda y otra vestida de gala como oy está.»

El retrato de *Francisco Bazán,* bufón de la corte de Carlos II, se anota con el núm. 692 en el Museo del Prado.

De Manuelillo de Gante refiere en sus *Noticias* (1) Barrionuevo, año 1656, 25 de Octubre, lo siguiente:

«*Confites de la Reina.* Dícese que gusta la Reina de acabar de comer con confites, y que abiendole faltado dos o tres dias, salió la dama que tiene cuidado desto, y dijo que como no los llevaban como solian. Respondiéronle que el confitero no los queria dar porque le debian mucho y no le pagaban nada. Quitose entonces una sortija del dedo y dijo—Vayan volando por ellos con esta prenda á cualquiera parte. Hallóse Manuelillo de Gante, el Bufón, presente, y dijo—Torne Vm. á envainar en el dedo su prenda, Y sacó un real de á cuatro, y diólo diciendo;—Traigan luego los confites aprisa para que esta buena Señora acabe con ellos de comer.»

---

(1) Próximas á publicarse por el Sr. D. Antonio Paz y Melia en la *Col. de Autores Castellanos.*

Á los que juzguen nuestro estudio baladí, por tratarse en él de *bufones, enanos, truhanes, decidores*, *bausanes* y *locos,* diremos que si acreditadas plumas se despuntan inquiriendo y anotando luego en el voluminoso libro de la historia pormenores concernientes á la vida de los grandes capitanes, que vertieron tanta sangre y tantas lágrimas, ¿qué mucho que se dediquen algunas páginas á recordar la existencia de unos cuantos desdichados que consumieron la suya alegrando al prójimo?

EL TROPEZÓN DE LA RISA

ENTRE los libros raros españoles citados por nuestros bibliógrafos (1), se encuentra el «*Tropezon de la risa*. Compuesto por Jacinto Alonso de Malvenda, natural de la ciudad de Valencia, dedicado á don Juan Alonso de Malvenda, caballero del hábito de Santiago, señor de la casa de Malvenda en las montañas de Burgos, é

(1) Excepción hecha del Sr. D. José María Sbarbi, que no lo menciona en su *Monografía* sobre los refranes, adagios y *proverbios* castellanos... Madrid, MDCCCXCI.

impreso en Valencia [1629?] por Silvestre Esparza;» en 12.º

Contiene este librito romances festivos, un epitalamio burlesco, un *Baile de Bras y Menga*, etc., precedidos de versos encomiásticos (que tienen el sabor de sobre mediado el siglo XVII) de Don Juan de Villarasa, Don Abdón Senet Clavell, Don Jusepe Mirabet, Don Alonso de Castillo Solorzano, del licenciado Pedro Morla Caballero y de Jusepe Giner.

De los romances, incluyó tres en su último *Romancero* Don Agustin Durán: pero no hemos visto reimpresos, desde que los publicamos en el suplemento literario de *El Día*, 2 Julio 1883, los siguientes *Proverbios* jocosos, muestra del buen humor del poeta, que no desmiente en su prosa al dirigirse al

«CRÍTICO LECTOR

»No te admire el título deste sietemesino libro, que por fuerza ha de ser *Tropezon de la risa;* pues si por gracioso pareciendo bien, cae en sus versos, le convendrá el título; y si parece mal por lo consiguiente cuadrará con el nombre, que hay cosas que por frias hacen reir, y lo malo y lo bueno alborota, aunque por diferentes ocasiones. Discúlpame, pues sa-

bes que los títulos de los libros, siendo llamativos, son añagazas para los que gustan de entretenerse, advirtiendo que no será este el parto de los montes, pues así por lo pequeño como por haberle escrito yo promete poco.

»Que le satirices te ruego por que no lo hagas; y que lo dejes de hacer porque no te canses; pues en todo él no hallarás que alabar. Dios te guarde de tí mismo.»

PROVERBIOS

No consientas que tu dama
En su casa tenga vieja,
Que tu daño le aconseja.

La mujer que con poeta
Quiere tener acogida,
No tendrá un cuarto en su vida.

Los tres enemigos son
De la verdad, á mi ver,
Alguacil, sastre y mujer.

Si eres sabio y tienes suegra,
Luego te confesarás,
Que muy poco vivirás.

Del que hable como mujer
Nunca esperes cosa buena,
Porque es su voz de sirena.

Si tienes mucho dinero,
Aunque mal nacido seas
Tú serás lo que deseas.

Niña, del que es bobo puedes
Entrar en la bolsa á saco,
Pero nó del que es bellaco.

Si es que estás celoso, y tiene
La tal puerta falsa en casa,
Nunca sabrás lo que pasa.

La que toma no te quiere;
Mas la que te da te estima,
Y la que pide, lastima.

El marido que sufriere,
Al compás que callará
Al mismo enriquecerá.

Santíguate luego al punto
Si ves un hombre de bien,
Porque muy pocos se ven.

Ten al que todo lo paga
Por villano y por grosero,
Y al que no, por caballero.

Trata mal á las mujeres,
Que cuanto más desdeñadas
Están más enamoradas.

Nunca creas que hay forzadas,
Que desde Porzia y Lucrecia
Ninguna quiere ser necia.

Del hombre que hablare mucho,
Cuando sacare la espada
Fiarás muy poco ó nada.

Si le das más de lo justo
Al médico que te cura,
Él te alargará la cura.

ÍNDICE

Págs.

Al lector. 5

Máscara de los artífices de la platería de México.. 7

Entrevista de Carlos I y Francisco I. . . . 20

La fuerza en España. 32

La destreza en España.. 56

Don Josef Daza y su Arte del toreo.. . . . 69

Los bufones en España.. 85

El Tropezón de la risa.. 112

FUÉ IMPRESA
la presente obra en la Muy Noble, Muy Leal,
Muy Heróica é Invicta ciudad de Sevilla,
en la Oficina de E. Rasco, Bustos
Tavera núm. 1.
Acabóse el día XX *de Enero del año*
de Ntro. Sr. Jesucristo de
MDCCCXCII.

3 0112 115866557